



Memorias de personas
transmasculinas en Bogotá

Travesías

Primera edición: junio de 2021

Dirección del proyecto

Giuseppe Caputo

Testimonios

Jhonnatan Espinosa Rodríguez

Frank Schiavone

Agustín Usumafuui Acosta Rodríguez

Andrew Aguacía Pacheco

Simón Uribe Durán

Coescritores

Camila Rocca

Juan Felipe Parra

David Jiménez Ávila

Diego Valdivieso

Nicolás Hernández-Muñoz

Edición

Juliette Fonseca

Diseño y fotografías

David Jiménez Ávila

ISBN: 978-958-49-2634-0

Agradecimiento especial a Nikita Simonne Dupuis Vargas



Índice

Prólogo.....	04
Giuseppe Caputo	
Introducción.....	06
Nikita Simonne Dupuis Vargas	
Mi cuerpo es el testimonio de mi vida.....	20
Jhonnatan Espinosa Rodríguez	
Frank.....	34
Frank Schiavone	
Algunos corazones explotarán.....	52
Agustín Usumafuui Acosta Rodríguez	
Reconciliación.....	70
Andrew Aguacía Pacheco	
El mundo al que le apuesto.....	86
Simón Uribe Durán	
In Memoriam: Laura Frida Weinstein.....	122

Prólogo

Por Giuseppe Caputo

En marzo de 2020, y gracias a una alianza entre la Red Comunitaria Trans y la Maestría en Escritura Creativa del Instituto Caro y Cuervo, La Pola Cartonera publicó digitalmente el libro *Encorazonadas. Memorias trans desde el barrio Santa Fe*, que reúne los testimonios de cinco mujeres trans de diferentes generaciones que ejercen o han ejercido el trabajo sexual en esa zona de Bogotá. Las narraciones de Marta Sánchez, Yoko Ruiz, Katalina Ángel, Daniela Maldonado Salamanca y Lorena Daza motivaron el desarrollo de este nuevo proyecto, *Travesías*, que busca hacer más visibles las experiencias de vida de personas transmasculinas en Bogotá —experiencias que muchas veces han quedado relegadas en la representación de sexualidades y géneros disidentes—.

Los protagonistas de este libro son Jhonnatan Espinosa Rodríguez, Frank Schiavone, Agustín Usumafuui Acosta Rodríguez, Andrew Aguacía Pacheco y Simón Uribe Durán. Cuando iniciamos este proyecto, cada uno escogió a un estudiante de la Maestría para conversar y conocerse: Jhonnatan a Camila Rocca; Frank a Juan Felipe Parra; Agustín a Diego Valdivieso; Andrew a David Jiménez; y Simón a Nicolás Hernández. Después de varios encuentros, los estudiantes transcribieron sus muchas conversaciones, que luego armaron y reordenaron para que ustedes puedan leerlas tal y como son presentadas aquí: cinco narraciones en primera persona o, más bien, cinco textos en yo que apelan siempre a un nosotros plural y heterogéneo. Al igual que *Encorazonadas*, *Travesías* se inspira en el trabajo de la escritora

bielorrusa Svetlana Alexiévich, esa “oreja humana” (como ella misma se hace llamar) que consigna en sus libros la experiencia vital de sus semejantes. Siguiendo a Alexiévich, pues, los estudiantes se transformaron en orejas humanas para luego escribir las emociones y recuerdos que les fueron confiados.

Como dice Simón en su testimonio: “Hablar de mí como una persona trans es una política de visibilización, pero a la vez supone una exposición y un escrutinio de mis decisiones y de mi vida”. No es para nada fácil: los asesinatos de personas trans en Colombia y América Latina de los que hemos tenido noticia (y nos preguntamos, claro, cuán amplio es el subregistro de estos crímenes) evidencian lo peligrosa —lo terriblemente letal— que puede resultar dicha exposición. Pero hay algo que quiero destacar de estos cinco testimonios —de toda esta escritura que visibiliza y expone a sus protagonistas—: que, si bien en cada uno de los textos hay un reconocimiento de la violencia simbólica y física que sufren a diario las personas trans, ni sus vidas ni sus palabras son una reacción permanente a esa violencia. Ninguno está atrapado en los discursos de odio de nadie: conocen esos discursos, los dirigen cuando hay que dirigirlos —y porque hay que dirigirlos—, pero ante todo piensan y crean otros discursos que les permiten y nos permiten imaginar y vivir —sobre todo eso: *vivir*— otras vidas.

Nuestro profundo agradecimiento a Simón Uribe Durán y a Nikita Simonne Dupuis Vargas por su orientación y compañía en todo este proceso. A todos, muchas gracias por su lucha.

31 de marzo de 2021

Introducción

Una lectura móvil y movilizadora

Por Nikita Simone Dupuis-Vargas Latorre



Toda película del género *road movie*¹ (filmes de viaje en carretera) posee unos elementos esenciales: (1) el relato se cuenta mayoritariamente en constante desplazamiento; (2) por ello, el protagonista está en medio de un camino no sólo físico sino psicológico y emocional; (3) dicho viaje le revela al personaje principal algo sobre sí mismo; (4) se despiertan y desarrollan diferentes afectos, encuentros y desencuentros; (5) a esto se suma que la motivación de su viaje puede ser

una crisis, una tensión, una enemistad. Finalmente, y algo que nos enamora a todes, es la versatilidad del género... de la *road movie*, que transita por el drama y la comedia en cada desafío que expone, dada su estructura episódica, y el carácter impredecible que el relato nos ofrece en medio de la búsqueda de un fin (que se obtiene o no).

¹ Para saber más del género *road movie*, revisar la página web de En Filme que resume los principales ensayos, artículos y libros sobre las películas de carretera elaborados por Walter Selles, David Laderman, Jason Wood, entre otros especialistas: En Filme. Cine todo el tiempo. (2015). 15 características esenciales de las Road Movies. Recuperado de <https://enfilme.com/notas-del-dia/15-caracteristicas-esenciales-de-las-road-movies>

Así es *Travesías*, una mirada desde el retrovisor, como bien lo señala Simón, uno de sus coautores, en medio del viaje que no ha finalizado pero que, a partir del camino recorrido—en el tránsito de ser y hacerse con amor y dignidad—, permite a cada uno de los protagonistas dilucidar saberes encarnados, cuestionamientos, contradicciones y, por supuesto, encuentros con otros pero sobre todo consigo mismos.

Cinco viajes de hombres trans*² en un universo cambiante, no sólo porque fueron escritos en medio de la pandemia de la Covid-19, sino porque el mundo que ellos representan también está transitando—está temblando a partir de la lucha de fuerzas que disputan sobre quién es legítimo para respirar, salir, orar, crear, migrar, follar, paternar, amar, ser, vivir... incluso morir y ser llorado—. Esta legitimidad es la que pugnan las narrativas de estas cinco personas transmasculinas en una cultura simbólica donde la violencia testimonial—su exotización e instrumentalización para conseguir fines externos precedidos por personas cisgénero—ha sido la condena de los relatos de personas trans*. Un reclamo de justicia testimonial y epistémica antecede a la idea de producir *Travesías* para abrir un escenario que reconozca y celebre el saber y el sentir que sólo dan el viaje, la carretera, la duda, la falta de fuerza y gasolina, el cambio de temperatura, el cansancio, el perderse, el encontrarse.

Dicha justicia narrativa celebra la lindeza de cada historia de estos hombres trans*, que a su vez dan cuentan de cuatro factores muy importantes en el marco de análisis de los Estudios Trans*:

² Utilizaré la categoría trans* con asterisco, acogiendo la propuesta de los Estudios Trans* de usar este código para exponer un concepto sombrilla que alberga a personas en todas las identidades, experiencias, corporalidades y deseos relacionados con la variabilidad de género, de manera amplia, y que no se reduce a personas que se identifican como transgénero, transexuales o travestis. “La escritura del término acompañado por un asterisco procura dar cuenta de la incompletud, la apertura y la especificidad cultural del término” (Cabral, 2012): Cabral, Mauro. (2012). Algo ha pasado. En: Morán Faúndes, José Manuel; Sgró Ruata, María Candelaria y Vaggione, Juan Marco (eds.), *Sexualidades, desigualdades y derechos. Reflexiones en torno a los derechos sexuales y reproductivos*. Córdoba: Ciencia, Derecho y Sociedad, pp. 251-273.

(1) La belleza trans* no deviene de su exotización, mucho menos en las tramas de las transmascu­lidades. Ante la pregunta de por qué no hay mayor circulación de historias de hombres trans*, mi intuición de hombre viejo y activista responde que los varones trans* no somos tan exóticos/exotizados como sucede con las compañeras trans* ya que, ante una cultura visual cisexista³ que requiere de la espectacularización y el fetiche para interpretar y dominar a los sujetos que transgredimos la norma binaria del género, las transmascu­lidades resultamos aburridas y poco interesantes ante el registro cis. Por ello, percibir el encanto transmascu­lino parte de cambiar la mirada, transitar a otra perspectiva que reconozca aquello que Viviane Namaste (2000) ya señalaba y es que “nuestras vidas y nuestros cuerpos son mucho más complicados —y mucho menos glamorosos— que todo eso. Se forjan en los detalles de la vida cotidiana, marcados por cuestiones que no son discutidas por lxs académicxs...” (p. 1)⁴, pero que devienen en una magia oculta a la que pocas personas acceden.

(2) La imposibilidad de totalizar una identidad como la de “hombre trans*”. Aunque esto pareciera obvio en un mundo donde la reflexión de la interseccionalidad circula con mayor fuerza cada día, aún existen experiencias que siguen estando fijadas en identidades cerradas, cuya definición taxonómica procede del sujeto de poder. De tal forma, al mencionar “hombre trans*”, el imaginario se reduce a un perfil hegemónico del que tenemos conocimiento gracias a lo que la cultura cisexista, dimorfista, heteronormada y patologizadora nos ofrece, señalando a ese “hombre trans*” como si fuese el gran representante de unas experiencias mucho más complejas, múltiples y variadas. Las cinco historias que leerán a continuación son disímiles: con algunas disfrutarán y empatizarán; con otras debatirán y criticarán a su autor, pero todas permiten ejemplificar que la experiencia de tránsito es distin-

3 Losada Castilla, Camilo. (2020). *(Des)militarización y (des)ocultamiento de las subjetividades transmascu­linas La libreta militar en el contexto del servicio militar en Colombia*. (Tesis de Maestría). Universidad Andina Simón Bolívar, Quito, Ecuador.

4 Namaste, Viviane. (2000). *Invisible Lives: The Erasure of Transsexual and Transgendered People*. University of Chicago Press.

ta para cada hombre trans* (porque tomaron rumbos distintos o perseguían otros objetivos), y que el tránsito mismo tuvo variadas significaciones en distintos momentos de la vida para un mismo hombre (al decidir salirse de la vía principal, tomar atajos, cambiar la ruta o simplemente parar el viaje). Por eso, la advertencia de embarcarse en esta aventura testimonial es dejarse llevar a través de este viaje por carretera, en donde la regla de cada *road movie* es que “ningún tránsito es estático, todos poseen movimiento” (Entre Tránsitos, 2011, p. 37)⁵ y su relato se cuenta aún en desplazamiento.

(3) *Travesías* es una celebración de la producción de historias complejas y ambiguas de personas trans*, tal como lo es la vida misma. Sandy Stone (1991) en *El Imperio Contraataca: Un manifiesto postransexual*⁶, texto fundacional de los Estudios Trans*, critica la herencia de los discursos médico-psiquiátricos que representan y producen cierto tipo de sujetos trans* con historias lineales, binarias, heteronormadas, con modificaciones corporales que borran su pasado; un relato totalizante, esencialista y estereotipado de la transexualidad, que muchas personas trans* asumen con tal de obtener servicios médicos. Lo problemático de esta representación para Stone (y para mí) es que logra posicionarse para borrar las complejidades y ambigüedades de la experiencia trans*, donde yace precisamente su potencial epistémico. Por ello, *Travesías* es un viaje refrescante de subjetividades complejas y contradictorias, sin trayectos ni rutas fijas, sin testimonios estereotipados y puristas de tránsitos de género FTM (*female to male*). Más bien, son narrativas que evidencian personas en “tránsito”, con contradicciones y con la “habilidad de representar con autenticidad las complejidades y ambigüedades de la experiencia vivida” (Stone, 1991, s.p.).

(4) Cada relato de este proyecto narrativo aboga no sólo por la prohibición epistémica sino por la Justicia Corporal. Esta categoría propuesta por la

5 Entre Tránsitos. (2011). *Trans-grediendo masculinidades*. Bogotá: Civis Colombia.

6 Stone, Sandy. (1991). *El Imperio Contraataca: Un manifiesto postransexual*.

Recuperado de <https://lasdisidentes.com/2012/08/02/el-imperio-contraataca-un-manifiesto-post-transexual-por-sandy-stone/>

artista trans* Lía García “La Novia Sirena”⁷ orienta la reflexión hacia dos ejes: por un lado, hacia la capacidad de decisión en la construcción del cuerpo trans* (“la autonomía corporal” señalada por Simón en su testimonio), con la cual se busca debatir el disciplinamiento somático que recae sobre las personas trans* y abrir nuevos escenarios para que corporalidades disidentes puedan sanar las heridas del prejuicio y el estigma y habitar un mundo sin miedo. Por otra parte, dicha justicia reconoce al cuerpo como epicentro de saber, contrariando la disección mente-cuerpo en la producción del conocimiento. De tal forma, cada relato expuesto en este documento es la materialización misma de un recorrido de saberes corpóreos y encarnados, donde el cuerpo no es fin sino medio de tránsito y transgresión del continuo binario impuesto como única ruta de vida, en donde el objetivo real es ser en dignidad.

Aunque diversas, las cinco narraciones aquí reunidas ofrecen unos puntos de análisis comunes. A continuación, mencionaré siete de aquellos ejes que identifiqué en un primer momento. No obstante, al ser esta lectura móvil y movilizadora, sumercé podrá descubrir otros tramos por el camino:

1. Tomar el volante

Cada uno de los relatos que contiene este documento está hecho en primera persona. Cada uno fue escrito, corregido y editado por cada hombre trans* con apoyo de un/a estudiante de la Maestría de Escritura Creativa del Instituto Caro y Cuervo. Esta característica que parece ser del ámbito metodológico realmente alberga una apuesta política: narrarse en primera persona para sujetos subalternes significa una reparación narrativa, una venganza epistémica y una “devolución de la gentileza”, expresión del filósofo trans* Blas Radi⁸

7 Sobre Lía García “La Novia Sirena” se sugiere revisar: Ablucionistas. (2020). Una sirena en el asfalto. Lía la Novia Sirena. Recuperado de <https://ablucionistas.com/una-sirena-en-el-asfalto-%F0%9F%93%B7-lia-la-novia-sirena/>

8 Radi, Blas. (25 de septiembre de 2015). *Economía del privilegio*. Página 12. Recuperado de <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/las12/subnotas/10062-951-2015-09-25.html>

que da cuenta de cómo se puede revertir el orden de quien ostenta la palabra y poner lo trans* como punto de partida. Entonces, los autores de estos textos, quienes decidieron qué editar y cuáles sucesos eran relevantes en la narrativa, fueron los mismos sujetos trans* que los viven y que los reelaboran en la memoria con nuevos significados. Y todo ello sin pedir permiso para contarse a sí mismos.

La narrativa en primera persona puede convertirse en un ritual para romper la hegemonía del discurso (siguiendo la propuesta de Simón), o transformarse en una receta psicomágica para sanar la historia (en la exploración que hace Agustín), o simplemente ser un grito que rompa con el pesado silencio de una experiencia transmasculina desestimada en un mundo apático a la vulnerabilidad y la ambigüedad. Vale la pena señalar que esta acción de relato en primera persona no es un acontecimiento exclusivo de este libro para los autores trans*. Salir de la cárcel que les significó encarnar libretos impuestos, renarrarse en términos propios y hacerse un nombre significó para Andrés, Jhonnatan y Frank revertir el orden de la vida misma, ampliar su agencia de cambio y asumir el volante de su género⁹.

2. Terrores y milagros en la carretera

Las violencias que atraviesan la experiencia transmasculina, aún encarnadas por diversos sujetos, se convierte en un punto común en el trayecto de vida. Los cinco relatos de personas transmasculinas que nos trae este libro exponen el grado de violencia que vivieron a razón de su identidad/expresión de género desde tempranas edades: feminizaciones forzadas o a demanda, ritua-

9 Al respecto, vale la pena revisar el capítulo introductorio del texto de *Masculinidades femininas* de Jack Halberstam (2008), donde el autor analiza esta experiencia del cambio de nombre retomando el libro *Frankie y la Boda* de Carson McCullers, en el cual el *tomboy* Frankie Addams se encuentra librando una batalla con la identificación como mujer y la representatividad que esto significa: “Frankie cree que el hecho de nombrar representa el poder de definir y que incluso el nombre da poder de reinventar la identidad, el lugar, las relaciones e incluso el género” (p. 28).

les correctivos o la imposición de la cisnorma en el cuerpo son evidencias de que los hombres trans* sufren violencias. Sin embargo, me cuestiono por qué estos hechos victimizantes no son contemplados en lo que comprendemos como violencia a razón del género o como violencias contra personas trans*. Mi sospecha es que operamos con un ignorancia voluntaria y/o interpretativa tanto de lo que entendemos por género como por violencia, reduciendo su comprensión a sujetos que se identifican como mujeres y estereotipando la violencia transfóbica a aquella que sólo contempla el homicidio con un *modus operandi* particular y sobre una víctima determinada.

Así las cosas, jamás se podrán analizar en detalle las múltiples violencias que signan las experiencias transmasculinas a lo largo de sus vidas; más aún, se invisibilizarán y anularán en razón del peligroso mito que supone que, al identificarse desde la masculinidad y/o como hombres, les ha sido otorgado el mismo privilegio patriarcal que se le asigna los varones cisgénero, haciéndoles invulnerables y libres de la violencia cissexista, desde donde se crea el propio mito y se produce la violencia. Esto es una trampa. Así que, como Simón nos invita, hay que desmitificar la experiencia trans* y denunciar la violencia que se ha perpetuado contra los hombre trans* de carne y hueso. Una violencia que se agudiza en condiciones socioeconómicas hostiles, en el marco de un sistema de salud excluyente, displicente y patologizador, en una estructura de exclusión y marginación sistémica y sistemática de las personas disidentes del género. De esto también tratan estos cinco relatos.

No obstante, la belleza de estas narrativas de tránsito (como las *road movie*) es que nos enseñan que nunca se pierde por completo el poder de agenciamiento desde el cual todo se transforma. Así que en medio del desierto, en condiciones adversas, en el banquillo del que nos habla Andrew, estas cinco personas trans* han tenido la capacidad de hacerse un destino a través de diversas acciones de resistencia que llevaron a cabo desde niñes, donde el cuerpo fue el primer escenario de reapropiación vital (cabello, uniformes o deportes se convierten en lugares de disputa por ser quien se es).

3. Crisis que impulsan el viaje

Tal como en las películas, muchos de los grandes viajes inician en periodos difíciles, en intensas situaciones de incomodidad, en un “tocar fondo” para resurgir. Algunos tránsitos que leerán en esta compilación responden a momentos en los que la opción era cambiar o perecer, sin miedo ya a los costos sociales y la marginación que esto conllevara.

En situaciones en donde los autores se percibieron dilatando una mentira, reprimiéndose a sí mismos, marginando su verdad, estando al borde del acantilado y sintiéndose a la deriva, como sucedió para Simón y Andrew, también encontraron la fuerza para re-crearse, todavía en medio del llanto y el temor, según cuenta el último de ellos: “Sabía, sin embargo, que había tomado la mejor decisión de mi vida: respetarme, valorarme y dignificar mi experiencia como una persona trans”.

Así, a veces, hay tránsitos que inician con rupturas profundas y dolores intensos que dan cuenta, a su vez, de la transformación, como lo señalaría la filósofa Consuelo Pabón (2000)¹⁰: es éste “el esplendor mismo del acontecimiento, el nuevo sentido que él traza a nuestra existencia. Entonces y sólo entonces empezamos a ser dignos de ese acontecimiento trágico que nos tocó vivir” (p. 17).

4. Narrativas que dan cuenta de un trayecto recorrido

Al ser estas historias relatadas en medio de la carretera y aún en movimiento, exponen el camino ya recorrido por otros, el legado del que son herederos es-

¹⁰ Pabón, Consuelo (2002). Construcciones de cuerpos. En: López Castaño, Marta (coord.). *Expresión y vida: prácticas en la diferencia*. Bogotá: Grupo de Derechos Humanos - ESAP publicaciones, pp. 36-79.



tos cinco hombres trans* y que impulsa su transitar. Las herencias son diversas y las vemos representadas en el testimonio de Frank, quien atesora una historia familiar de migraciones y re-creaciones, así como en las conexiones espirituales antiquísimas en las que Jhonnatan y Andrew encuentran refugio en medio de la incertidumbre del viaje o en la conciencia ética de ser gracias a que otros fueron, transgredieron el género y abrieron nuevas rutas en su mapa, tal como señala Simón.

Además de recibir este legado, leemos a cinco personas transmasculinas que siguen construyendo historia en su andar, enmarañando su vida y la de otros de manera empática y compasiva, haciendo manada con otros animales

humanos y no humanos. Porque en el viaje rumbo a cambiar el mundo, a veces se necesita de una buena compañía y porque las reflexiones de ese andar no son sólo para ellos sino para todos.

5. Todo buen viaje necesita de buena música

Cada una de las narrativas que leerá a continuación permite explorar diversos lenguajes con los que dialogaron los protagonistas de estas cinco *road movies*, de tal forma que podemos ver superhéroes (desde He-Man hasta los Caballeros del Zodiaco), películas “infantiles” de Disney, juegos de rol tipo *Vampire-La Mascarada*, obras de teatro e incluso *Frankenstein*, de Mary Shelley. Con todos esos lenguajes, estas cinco personas trans* sintonizaron su vida, se inspiraron y rompieron el hechizo que los ficcionaba como mujeres.

En ese encuentro con otros que nos narran, que finalmente configura esta publicación, avistar a otros pares transmasculinos fue crucial para la vida de estos cinco protagonistas. Sea de manera presencial o virtual, que no significa menos real, hallar personas que tradujeran sus sensaciones e intereses, que produjeran nuevas reflexiones y posibilidades, constituyó un importante episodio de esta narrativa móvil.

6. Romper el mapa para ser libre

Como las cinco historias aclaran, ninguno de estos hombres trans* fue realmente lesbiana. Esa categoría fue un lugar de refugio identitario ante la incertidumbre o el temor de ser quien se es. Podía estar atravesado por otros calificativos como “machorra” o “marimacha”, pero no terminaba de armonizar con esa sensación profunda que cada uno tenía. Aun así, la categoría

hace parte del recorrido vivido, complejiza el relato al no proceder de cortes históricos de la identidad ni negar un pasado encarnado. Todo lo contrario. “Lo que viví como niño ambigüe y mujer lesbiana está dentro de mí”, dice Simón, “y ahora se manifiesta en formas más integradas y conscientes en esta identidad transmasculina en la que me siento más pleno”.

Además de ser interpelados e interpelar la categoría lesbiana, estos cinco hombres trans* hacen un reflexión sobre la masculinidad y la cisnorma. Evidencian desde sus tránsitos la urgencia de “romper los paradigmas internos y externos” que existen sobre lo que significa ser hombre y demuestran la posibilidad de crear nuevas formas de masculinidad no hegemónicas, no violentas, compasivas, afectuosas... de humanizar la propia masculinidad.

De igual forma, sus relatos trastocan el discurso dominante desde donde se interpreta la cisnorma como un estado de bienestar para todas las personas trans*. La visibilidad que hacen los autores de sus tránsitos pone en cuestión esta creencia y permite reconocer que hay personas trans* que no ven la experiencia cisgénero como modelo de ser, ya sea porque su subjetividad y cuerpo sobrepasa el mapa binario de género o porque simplemente reconocen que ese libreto cisnormado significa el *trans-borramiento*¹¹ de un saber único, de un camino recorrido y de su propia vida.

7. El arte de transitar

Siempre he visto los cuerpos transmasculinos como bellos ejercicios artesanales, y utilizo esta categoría en el sentido poético que deriva de su etimología latina *artis* y *manus* que significa “arte hecho con las manos”. Así entonces, estos cuerpos hechos a pulso y de manera creativa y recursiva son artesana-

¹¹ Para ver analizar más esta categoría de *trans-borrado* y otras en crítica con la apropiación cissexista del relato de género ver a Serano, Julia. (2007). *La Chica del látigo. Una mujer transexual opina acerca del sexismo y el chivo expiatorio de la feminidad*. Recuperado de <http://chrysallis.org.es/la-chica-dellatigodesmontando-el-privilegio-cissexual/>

les; son cuerpos creados, vividos y narrados de manera estética en respuesta a deseos profundos e íntimos. Estos moldeamientos, como la cerámica de Agustín, giran en torno de la vida y dan lugar a obras de arte.

“Mi cuerpo es el testimonio de mi vida” o “Frankenstein, el hombre que fue hecho” son expresiones que ejemplifican el arduo esfuerzo de moldear el camino y el ser. Y aunque todas las historias relatan un encuentro con la testosterona, definitivamente ésta no es la protagonista de su viaje, tan sólo una posibilidad de redescubrir el cuerpo mismo, disfrutar de la estética propia y “sanar la forma en que me percibía y sentía”.

Los cuerpos y tránsitos que se plasman en este viaje son múltiples y fractales, no sólo abordan lo físico, sino que denotan cuerpos colectivos, tránsitos espirituales, movimientos personales y sociales, desplazamientos afectivos y retornos a sí mismos, todo esto en una intensa dinámica cambiante como la vida. Cinco historias transmasculinas que se narran en medio del hacerse, que nos muestran que “la imposibilidad de la acción es la muerte” y el ingrediente de la trama es el cambio.

Personalmente celebro esta diversidad de historias, los amores que les sanaron, las diosas que los bendicen y susurran en su memoria. Celebro sus imprevistos y trayectos zigzagueantes, también sus descansos reflexivos. Agradezco sus cuerpos inequívocos y sus tránsitos que buscan la felicidad digna en vez del éxito egoísta. Ustedes también son mi legado y la voz que me recuerda que cambiar es vivir. Gracias por estas *Travesías*.



Jhonnatan

Mi cuerpo es el testimonio de mi vida

Por Jhonnatan Espinosa Rodríguez
Con el apoyo de Camila Rocca



Mi nombre es Jhonnatan Espinosa. Tengo cuarenta y seis años, una hija de veinticinco, dos gatas negras y un perrito que parece gato. Me gustan los gatos negros. Adopté a mis dos gatas porque me gusta pensar que les estoy dando una oportunidad que la mayoría de la gente no les da por agüeros absurdos. Pienso, de alguna manera, que el mundo sería un lugar más amable si nos diéramos entre todos más oportunidades. Eso me lo ha enseñado mi proceso. Si hay una palabra que me describe, esa es libertad. Soy Piscis, un signo de agua. Por eso, mi lugar feliz es el mar, que es inmenso y profundo, que es poderoso, que cambia repentinamente y que es el albergue de muchas formas de vida. Me siento literalmente “como pez en el agua” cuando tengo la libertad de hacer lo que me gusta, de amar como quiero amar, de compartir mi libertad con los demás, de ayudarle a quien, como yo, ansía la libertad de ser. Eso soy yo: pura libertad.

Me operaron la semana pasada. Esta recuperación ha sido dolorosa. Honestamente estoy harto de las operaciones. Ya me han hecho muchas, no quiero más. Además, siento que cada vez que entro a un quirófano mi cuerpo se va debilitando. Pero, eso sí, quiero que quede claro que no todas las cirugías han estado relacionadas con mi tránsito. He tenido que soportar cirugías porque la vida así lo ha querido. En realidad, sólo hay dos cirugías que tienen que ver con mi tránsito: la mastectomía y la histerectomía. Y ni siquiera eso, porque la histerectomía se dio por una serie de malas prácticas quirúrgicas

que terminaron en la remoción inevitable de mi útero. La mastectomía me la hice no porque la necesitara, porque en realidad siempre tuve senos pequeños; no había mucho que esconder. Se trataba más de la conciencia de que mis senos estaban ahí, en mi pecho. Me hacían sentir incómodo. En realidad, si no lo hubiera querido, no habría tenido que operarme, porque parece que mi cuerpo entendió de alguna manera lo que yo debía ser y se adaptó a eso. No quiero ahondar en ese tema. Creo que, por lo menos en mi caso, hay cosas mucho más interesantes que debo compartir.



Desde donde lo veo, Dios ha estado siempre de mi lado porque me ha permitido ser quien soy y me ha dado las herramientas para triunfar en lo que amo.

Yo imagino que para muchas personas mi historia será difícil de entender, pero supongo que eso está bien. Cuando menos, pienso que es normal porque mi historia, mi vida, ha sido particular, ha sido feliz y ha sido triste y ha sido compleja. He recorrido un largo camino

y he vivido lo que a veces se siente como tres vidas en una. Soy joven, pero he vivido mucho. Voy entonces a tratar de contar algo porque me interesa que la gente sepa que si la vida es difícil en general, lo es un poco o mucho más para las personas como yo. Y quiero también contar mis cosas porque yo mismo he vivido confusiones, me he sentido perdido y sé lo que se siente, sé cuánto duele. Y yo quiero que si hay alguien en el mundo como yo, sepa que todo va a estar bien, que no está solo, que todo mejora. Llegar a este punto me ha costado mucho, pero he sido paciente y perseverante. Eso es lo que me ha mantenido con vida. Esa paciencia, esa determinación, le han dado forma a mi lucha, a mi razón de ser. Y esa misma lucha se ha convertido en algo increíblemente poderoso, porque me ha dado fuerza: una fuerza que se me sale de las manos y que me ha permitido ayudar a los demás.



Otra razón por la que quiero contar mi historia es que quiero darle una voz a una comunidad que ha sido, en mi opinión, malentendida y desestimada. La gente no sabe bien qué es la transmasculinidad, qué luchas libramos, cuánta violencia recibimos. Me gusta la idea de darle una voz a quienes no la tienen, a quienes el mundo se ha encargado de silenciar, de invisibilizar. Y no hay nada más feo que vivir con miedo de ser quien se es. No quiero darle más vueltas al asunto, así que voy a empezar, pero quiero primero advertirle a quien lea esto que mi relato puede ser confuso y desordenado, pero que eso sólo quiere decir que esta es mi historia personal, única. Que no hay forma ni orden para contar la vida, pero sobre todo, que no hay manera correcta o incorrecta de narrar una vida como la de una persona trans y que todas las historias son válidas.

Cuando era pequeño, mis familiares me llamaban *Chiqui*. Mis amigos más cercanos y mi madre todavía me dicen así. De hecho, nunca usaron mi nombre de nacimiento; nunca me gustó, nunca me identifiqué con él. Ese nombre representa para mí una de las muchas cárceles de las que me he librado. En el colegio —yo iba a un colegio femenino— aproveché la oportunidad de jugar cuanto deporte pudiera, pues esto me permitía usar pantalón de sudadera en vez de falda. Me explico: yo sabía que tenía el cuerpo de una niña y que cada vez se hacían más aparentes mis senos y eso me ponía en un conflicto terrible con mi cuerpo, pues en mi mente y en mi corazón yo sabía que era Jhonnatan quien se veía forzado a esconderse. Yo fui *Chiqui* y después fui Jhonnatan. Y me enorgullece ser Jhonnatan porque ser quien soy me ha costado sudor, lágrimas y sangre. Pero hoy, aquí y ahora, puedo decir que todo ha valido la pena.

Soy consciente de que mi nombre es extraño. Lo entiendo. Normalmente, existen los Jhonatan, con una sola “n”, o los Jonathan, con “th”; mi nombre es distinto. En realidad, es la conjunción de dos nombres que me representan y que son fieles testimonios de lo que ha sido mi vida. Me explico: mi nombre es una mezcla entre Juan, que en su dimensión religiosa quiere decir

“discípulo amado por Dios” —sí, soy religioso, fui catequista y la fe ha sido muy importante para mí—, y Natael, o Natan, que quiere decir “poder de Dios sobre los hombres”. Desde donde lo veo, Dios ha estado siempre de mi lado porque me ha permitido ser quien soy y me ha dado las herramientas para triunfar en lo que amo, y también me considero un hombre fuerte, poderoso, determinado. Quiero decir que todo lo que me propongo lo logro en todos los aspectos de mi vida. Por eso decidí unir estos dos nombres para crear un nombre único que me describe perfectamente.

Afortunadamente, para mis padres no fue problemático que yo no quisiera vestirme con ropa de niña. No sé si esto fue así porque había problemas que ellos consideraban más importantes o porque realmente mis padres quisieran permitirme ser en libertad. Yo empecé mi tránsito a los dos años. Yo no quería usar vestidos, no quería vestirme como niña, quería tener el pelo corto, vestirme como quisiera vestirme. Me gustaban las camisas leñadoras. Me encantaba vestirme con camisas que me hicieran ver elegante. Mis papás lo aceptaron y desde muy pequeño me dejaron elegir mi ropa. Mi madre, una mujer con un temperamento fuerte, es con quien hoy en día mantengo una relación muy cercana. Sin embargo, no siempre fue así. Tuvimos una relación conflictiva durante mi juventud, pues mi mamá se frustraba mucho conmigo porque no le hacía caso. Hacía travesuras, salía de mi casa cuando no tenía permiso y además me le enfrentaba, porque eso sí, yo me defiende cuando siento que me están tratando injustamente. Eso me acarreó una buena cuota de golpes. Hoy no guardo rencor por eso. Entiendo que, como vivíamos en lugares difíciles, inseguros, rodeados de posibles ataques, se preocupaba por nosotros. Hoy somos cercanos, que es algo que no puedo decir de la relación con mi padre. El tiempo y las circunstancias nos han alejado.

Cuando digo que empecé mi tránsito a los dos años no quiero decir que yo tuviera conciencia a esa edad de que era trans, ni mucho menos que supiera lo que quiere decir la palabra trans. No, yo sabía lo que quería y lo que no quería. Un niño no tiene la certeza de ser trans, sino que se mueve más en el mundo

de las sensaciones. Un niño no sabe lo que es, no sabe lo que quiere, pero sabe qué le gusta y qué no, con qué se siente bien y con qué no. Un niño no escoge, un niño simplemente es. Yo busqué siempre lo que me hacía sentir cómodo y las circunstancias de mi vida me permitieron explorarlo con libertad. A pesar de que yo crecí en una familia machista, mi abuela, la gran matriarca, siempre me ha amado y apoyado incondicionalmente. Siempre quiso que yo fuera feliz, que viviera sin miedo, sin importar lo que eso implicara. Y como ella era la que mandaba la parada en la casa, su amor y su apoyo me dieron las primeras llaves de la puerta hacia la libertad. Lo que ella decía, se hacía.

Yo siempre he sido muy independiente. En buena parte, eso se lo debo a que, después de mi nacimiento, mi madre volvió a quedar embarazada muy pronto. Entonces, como mi mamá tenía que ocuparse de mi hermano recién nacido, yo me acostumbré a la independencia. Mientras crecía, yo tuve la infancia de un niño porque estaba todo el tiempo jugando con mi hermano y mi primo. Jugábamos fútbol, nos tumbamos los dientes de leche jugando a boxear. Yo crecí sin cuestionarme si esto era “normal” o no. No me preocupé por eso, y como mi abuela siempre me defendía de quien se atreviera a cuestionármelo, yo he vivido toda mi vida como Jhonnatan.

Acá es donde la cosa puede ponerse complicada. Como dije antes, no creo que haya una manera o un orden establecido para un tránsito. Hay casos en los que se sufre mucho porque primero está la conciencia de ser trans y luego se encuentra la identidad hasta que se llega a la transformación física. Hay otros casos en los que el sufrimiento es eterno porque la gente no encuentra la guía o el apoyo que necesita para dar el paso. Hay tantas formas de hacer un tránsito como hay personas trans. Yo, por ejemplo, primero tuve la identidad, crecí como un hombre cisgénero, con parejas, con trabajo, y sólo hasta los treinta y ocho años empecé mi proceso de transición física.

Sí, así como lo leen. Antes de empezar mi proceso de hormonización, yo ya vivía como un hombre. He tenido relaciones con mujeres toda mi vida y antes de mi proceso de tránsito físico me valía de distintos recursos para que



nadie se percatara de que yo era un hombre trans. De hecho, a una de estas relaciones le debo una de las mayores alegrías y preocupaciones de mi vida: mi hija, que ahora tiene veinticinco años y vive conmigo. Cuando yo empecé a salir con la madre de mi hija, ella acababa de terminar una relación de la cual había quedado en embarazo. El padre biológico no asumió la paternidad, y yo lo hice sin problema. Y hoy soy un padre orgulloso, cuido a mi hija, le doy todo el amor que tengo en mi corazón y pongo todo mi empeño en que ella esté bien. Mi hija tiene una particularidad y es que nació con hipotiroidismo congénito. Los médicos no lo detectaron a tiempo y ella tiene una discapacidad del treinta por ciento. Mucha gente me pregunta cómo es mi relación con ella, que si ella sabe que yo soy trans. Yo no me he sentado a hablar de esto con ella, pero gran parte de mi vida es el activismo trans. Con esto de la

pandemia, estamos los dos en casa todo el tiempo y yo concedo entrevistas, soy panelista en conferencias, hablo constantemente sobre este tema porque es mi vida. Porque no tengo otra vida que contar y porque no tengo absolutamente nada que esconder. Si ella me lo preguntara, yo le contaría mi historia tranquilamente. No tengo miedo de que mi hija me rechace al enterarse de mi historia. Si mi hija me rechazara por ser quien soy, no sería mi hija, porque esa no es la persona que yo he criado. No niego que me dolería perderla, pero estoy seguro de que eso no va a pasar porque yo me he encargado de criarla y de darle todas las herramientas para entender que nada en el mundo es blanco o negro, que hay matices, que hay diferencias y que eso es lo más hermoso y valioso del mundo. Además, yo la conozco mejor que nadie y sé la calidad de persona que crié. Ella es sensible, comprensiva y amorosa.

Hay otras cosas que me motivan a pararme de la cama todos los días. Soy el activista transmasculino de mayor edad. Aunque, si me lo preguntan, pienso que todos en esta vida somos activistas. Desde que tengamos sueños y una historia que contar, todos somos activistas. Me considero más defensor de derechos humanos que activista. Yo hago un activismo distinto al del resto de mis compañeros. Soy el director de una fundación que se llama *Ayllu* Familias Transmasculinas. Se llama así porque *ayllu* quiere decir familia en quechua. Sin embargo, empecé desde joven en otros lugares como Entre-Tránsitos. También he hecho “activismo” con Mujeres al Borde, en conjunto con el grupo de teatro Las aficionadas, y tengo un grupo de rock que se llama 250 Miligramos —la dosis de testosterona con la que se empieza el proceso de hormonización—. Siempre me ha gustado mucho el arte. Desde el colegio, las distintas manifestaciones del arte han sido mi medio de expresión. Comencé con mi banda de rock porque estaba entusado, y con mis compañeros nos sentamos a oír esa canción de Enrique Bunbury, *Aunque no sea conmigo*, y empezamos a sacarla, y así nació mi grupo. El activismo es otro de mis grandes amores. Yo he sido afortunado porque he podido sortear todos los obstáculos que la vida me ha puesto, pero sé que hay otras personas como

yo que no han corrido con la misma suerte. Sé que ser trans es difícil, y más en un país como Colombia, porque hay muchos prejuicios, porque hay miedo y porque las personas trans experimentamos muchos tipos de violencias a muchos niveles. No es como que un día nos despertamos y se nos prendió el bombillo de ser trans. Es un proceso de mucha confusión, de mucho dolor y de muchas dificultades. Yo lo sé porque lo viví también. Y el activismo para mí es la posibilidad de ayudarles a las personas a superar los miedos, a tener el coraje para hacerse la vida que sueñan, a ser, simplemente a ser. Y como yo siempre he sido un líder, he podido convertir mi liderazgo en esto que me enorgullece profundamente.

Yo viví mucho tiempo preocupado por lo que los demás pensarán de mí. Viví mucho tiempo de mi vida escondiendo lo que soy. Ahora me importa un carajo lo que la gente piensa de mí. Estoy orgulloso de mi cuerpo, de mi entereza, de mi determinación y de mi fuerza. Ya no escondo nada de mi cuerpo porque mi cuerpo es el testimonio de mi vida. Mi cuerpo es la viva imagen de lo que siempre he querido ser. Soy un hombre independiente, libre, amoroso, generoso y no me preocupa si los demás piensan si estoy bien o estoy mal, si soy serio o si soy divertido. Yo soy y ya. He tenido relaciones hermosas y relaciones abusivas, familiares amorosos y familiares llenos de juicios y distancias. He perdido gente a lo largo del camino, pero también he conocido personas maravillosas que son parte de mi vida. Yo he tenido una vida compleja, pero soy feliz.

La vida me ha enseñado que todo, absolutamente todo es transitorio. Yo, por ejemplo, me construyo y me deconstruyo todos los días. Las parejas, la sexualidad, los amigos, hasta la familia: todo está moviéndose y todo cambia. No hay que sufrir por eso. Hay que aprender a aceptarlo con amor. Todos los días aparece un nuevo Jhonnatan al tiempo que otro pedacito del viejo Jhonnatan se deshace para darle paso. También aprendí que mi proceso es sólo mío y que lo más importante para estar bien con los demás es estar bien conmigo mismo. Yo ya no me cargo con las maletas de nadie. Si tú ves

algo malo en mí, mírate tú primero. De pronto ahí encuentras la razón. Yo me ocupo de mi propio equipaje solito. De pronto si todos hiciéramos lo mismo habría menos juicio y más empatía.

Si ustedes me preguntan qué es lo que más me importa en la vida, les digo sin dudas que es tener la posibilidad de ser quien quiero ser, con todo lo que eso implica. También quiero poder brindarles a otros esa posibilidad. Y de pronto, si se puede, una vez cada tanto, me importa ir al mar.



Frank

Por Frank Schiavone

Con el apoyo de Juan Felipe Parra



Mi primer recuerdo es a los cuatro años. *Nonno* me presentó a alguien como su nieta y yo quedé como: “¿Qué? Ey, ino! O sea, *¿what the fuck?* Esto no, yo no soy nieta, ni soy niña”. Entonces le pregunté, le insistí varias veces: “¿Por qué tú dices que soy niña?”. Mi abuelo me respondió: “Pues porque eres una niña”. Yo le dije: “¡No! Dile a gente que yo soy niño”. Mi abuelo quedó como: “Ah, sí, claro, pobrecita”. (*Risas*).

Nonno siempre me complació en todo: yo le pedía un carrito y me daba el carrito, le pedía los muñecos de *He-Man* y me compraba los juguetes. Él llegaba a buscarme al kínder y me llevaba uno, el que consiguiera. *He-Man* era mi comiquita favorita y dentro de mi cabeza yo decía: “Quiero ser como *He-Man*”. Yo era súper fan.

Las muñecas no me gustaban, no pedí nunca una para Navidad. O sea, yo tenía en mi cabeza que cuando creciera, iba a ser niño. Mi abuelo siempre fue muy cuidadoso con su aspecto físico. Todas las mañanas se afeitaba y yo le decía: “Abuelo, enséñame a afeitarme la cara”. Porque yo pensaba que en algún momento iba a necesitar saber afeitarme. Él me enseñó, me ponía crema en la cara. Él era súper especial para mí, fue mi modelo a seguir. Y mi papá fue todo.

Nonno llegó el 23 de enero de 1958 a Venezuela. Ese día justamente tumbaron al dictador Marcos Pérez Jiménez. Él tuvo que quedarse en el barco durante una semana, hasta que por fin los dejaron desembarcar. En ese

momento había mucha promesa de trabajo para los extranjeros. Mi abuelo era comunista en Italia, pero el mismo Partido Comunista le quitó todo: él tenía tierras, tenía propiedades y le quitaron todo. Eso lo movió a irse de Italia. Mi bisabuelo ya estaba en Venezuela y le contaba por cartas que había muchas oportunidades. Mi abuelo tuvo que hacer su vida desde cero en Venezuela y a mí me tocó emigrar a Colombia, hacer mi vida desde cero en Colombia. Él es mi faro, mi luz, mi estandarte. Y yo pensaba: “Si tú lo logras-te, que el idioma era diferente, que era otro continente, que era otro peo, yo también lo puedo lograr”.



Yo cuando estaba chiquito me metía en el baño de los varones para verlos hacer pipí. Eso a mí me hizo mucho ruido. Ahorita que me acordé, dije: “Claro, hacía eso porque yo quería ver cuál era la diferencia entre

ellos y yo”. Como que tenía eso en la cabeza, pero obviamente mi mamá siempre me dijo: “Hay niñas que también juegan con carritos, y hay niñas que también les gusta el fútbol, y hay niñas...”. Yo dije: “Bueno, debe ser que soy de esas niñas”. Mi mamá trabajaba, ella era madre soltera y no podía encargarse de mí, entonces me crié con mis abuelos. Con esa cultura italiana más o menos estricta, mis abuelos me exigían mucho con los temas de estudio: yo tenía que ser el mejor, el mejor de la escala de notas, la más alta.

No todas las niñas que han jugado con carritos son trans. Ahora, yo no es que jugara con He-Man, sino que yo quería ser He-Man, y eso es algo distinto.

En el primer grado, yo quería disfrazarme de *Superman* y mi mamá me preguntó si no me quería disfrazar de princesa. Yo no quería, en mi cabeza no comprendía por qué tenía que disfrazarme de princesa, no entendía por qué. Mi mamá en ese momento —no sé, era 1988— no sabía cómo pilotear la vaina, porque ajá, decía: “¿Y esto qué es?”. Ahorita que hay más información

la gente debería abrirse más, no negarse al hecho de que, pues sí, ¡existimos! No sabría decirte por qué existimos, o si hay algo genético dentro de nosotros. Tienen que validar lo que uno siente, tienen que validarlo. No pueden reprimir o suprimir las cosas, pero tienen que estar pendientes de con qué se juega. Ciertamente no todas las niñas que han jugado con carritos son trans, evidentemente no. Ahora, yo no es que jugara con *He-Man*, sino que yo quería ser *He-Man*, y eso es algo distinto.

He visto mucho en las redes sociales campañas tipo: “No obliguen a los niños a transicionar, son menores de edad”. Yo me di cuenta de esto a los cuatro años y pasé 30 años en una vida de mentira. A mí sí me gustaría resaltar que los adultos escuchen a los niños, que estén pendientes de qué les gusta, con qué se sienten identificados, escuchar mucho.

La película *La bella y la bestia* de Disney también fue esencial en mi niñez porque me identificaba mucho con la Bestia. Obviamente la Bestia era un animal, un ser transformado. Tenían que verlo por lo que él era y no por su físico. Esa historia me gusta mucho, de hecho cuando salió en el cine la fuimos a ver como cinco veces, y cuando la compramos en VHS la veía todo el tiempo. Él era un príncipe que convirtieron en bestia, y tiene que aprender a amarse a sí mismo y buscar el amor de otra persona para que se pueda romper el hechizo. Evidentemente me sentía súper identificado. Hubo una psicóloga que me dijo: “Ahora imagínate que la Bella es tu amor propio”, y eso me dejó como: “¡Sí, aaah, mierda!”. Obviamente para romper el hechizo uno tiene que amarse a sí mismo y eso me ha costado muchísimo, muchísimo.

* * *

Cuando me vino la menstruación, me sentí como el culo. Me preguntaba: “¿Qué es esto?”, mientras todo el mundo me felicitaba. Fue así como: “Dios

mío, no me feliciten”. Yo sabía que eso no estaba bien, ¿me entiendes? Sin embargo, no sabía cómo explicarlo. Porque no, o sea, ¡eso no! No había ningún conocimiento del tema en ese momento.

Cuando se trataba de mostrar mi feminidad, como cuando me gradué, mi mamá siempre me decía: “Hay que comprarte un vestido y te tienes que poner estos tacones”. Yo nunca aprendí a caminar en tacones, me llevé unos zapatos de repuesto y antes de subir a la vaina le dije: “¡Mamá, pásame los zapatos!”. Me sentía mal, yo me veía al espejo y me veía bien, pero me sentía como si no tuviese ropa, me sentía desnudo, era súper incómodo. En la playa era igual. Siempre fui un poquito gordito, y yo pensaba: “Debo tener problemas de autoestima porque estoy gordito”. Obviamente cuando estás más gordo las caderas son más grandes, y dije como: “Listo, voy a adelgazar”. Me puse una meta, adelgacé, y efectivamente me sentí mucho mejor conmigo mismo, pero todavía no en un ciento por ciento. Yo decía: “Hay algo aquí que está faltando”.

Entré a la universidad cuando tenía 16 años. Entré muy jovencito, obviamente con la crianza que tenía de mi abuelo que era todo estudiar, estudiar y estudiar. Cuando entré a la universidad dependía todo de mí, era como: “Pues ahora voy a hacer lo que me dé la gana”, y estudiaba cuando yo quería, no entraba a clase. Fui muy irresponsable, perdí muchos semestres. En el ínterin empecé a meterme en el mundo de las películas y me junté con unos chicos que estudiaban conmigo y jugaban juegos de rol, y obviamente lo que me enganchó de eso es que uno crea un personaje en una hoja y tú interpretas el personaje en la historia de alguien más, que es como el *Master*. Lo juegas con dados, pero eso me gustó mucho, era una terapia para mí, yo creaba personajes masculinos y jugaba en la historia de ellos. Eso me ayudó mucho a ir drenando, cada sesión era muy chévere porque yo era yo.

Mis primeras relaciones sentimentales fueron en la universidad. De hecho tuve novios. Yo en el colegio nunca tuve novios, yo decía: “No voy a tener



novios, ¡qué asco!”. Yo sabía que era algo que no quería hacer, pero no sabía por qué, la presión social influyó. Yo veía a un chico cualquiera y no era que me gustara, sino que teníamos muchas cosas en común y obviamente yo me sentía muy identificado con esa persona, y entonces confundía el gusto con la admiración. Y pues nada, tuve un novio y aún somos amigos; en ocasiones me ha preguntado: “¿Tú consideras que yo era gay cuando estaba contigo?”. Y yo como: “Obviamente no”. Cuando íbamos a la parte sexual era muy incómodo porque yo no quería. Yo siempre evadía el tema y eso lo incomodaba, pues esa persona no entendía por qué estaba alejándome y yo tampoco entendía al final de cuentas. Era algo como que no, le decía: “Me da miedo X, Y y Z”, y no era eso, era que yo no quería, no me sentía bien conmigo mismo.

Cuando tuve mi primera novia, yo pensé: “Seguramente como no me gustaba estar con chicos, probablemente me va a gustar mucho más estar con ella”. Y hasta cierto punto sí, pero todavía estaba la barrera del cuerpo, era el tema de que ella me trataba como mujer. Yo le decía: “¡No lo hagas! No me trates como mujer”. Me sentía muy incómodo y luego pensaba: “Si no me gusta esto y no me gusta lo otro, pues, ¿qué coño es lo que me gusta? Porque no hay más de dónde escoger”. Me costó mucho entender que realmente no era la persona, sino que era yo, mi cuerpo, mi voz, era mi todo, eso era lo que me molestaba realmente. Claro que prefiero estar con mujeres, pero más que todo era eso, era algo del cuerpo mío.

Yo en la universidad extrañamente era una persona muy homofóbica. Esto, porque sentía temor, porque yo sabía que había algo en mí que era parecido a ellos, algo que no terminaba de aceptar. Pero mis amigos de la universidad todos eran gays y yo no lo sabía. Me costó mucho enterarme de que mi mejor amiga tenía novia, fue como: “*What!* No puede ser, esto es imposible”. Fue una vaina que yo no entendía, no me cabía en la cabeza, y ya después de que empezamos a conversar del tema me empezó a gustar una chica del grupo, y entonces pensé: “No, marico, yo soy una persona negada”. Esto me ha pasado toda la vida, soy una persona negada.

Una vez, un amigo muy cercano me dijo como echando vainas: “Tú eres lesbiana, no me lo niegues”, y eso me quedó en la cabeza. Yo dije: “¿Cómo? Yo no soy lesbiana”, y no me sentía lesbiana, pero ajá, pensaba: “Si eres mujer y te gustan las mujeres, pues no hay otra cosa que puedas ser sino lesbiana”. Pero esa etiqueta nunca me gustó, de hecho yo le decía a mi ex: “Trátame en masculino”, yo no sabía por qué, y no sabía si yo me estaba volviendo loco o qué, pero le pedía que me tratara en masculino, y ella lo hacía. Ahí, en ese momento, llegó la primera luz. “¿Entonces qué putas soy yo?”, me pregunté. “Soy un ente raro que no sabe qué coño es”. Hasta que por fin dije: “No, sí, listo, es disforia de género”. Y bueno, siempre fue súper incómodo, de verdad que sí.

* * *

En el 2014 yo dije como: “Ya, o sea, tengo que saber por qué me siento así”, y me puse una madrugada a investigar por Internet. Escribí: “Chica que se siente chico”, y bueno, me salió un montón de información, vi mil videos. Yo sí sabía de la gente trans. Cuando empecé a ver todos estos videos, vi que eran personas como yo, uno que otro artista, y yo pensaba: “Debe ser que lo hace porque tiene dinero”. Cuando yo veía que era gente común y que era un procedimiento normal, yo dije: “Wow, sí es posible, esto es lo que soy yo”. Unos meses después me tocó decirle a mi mamá, ella llevaba tiempo diciéndome: “A ti te pasa algo”. Típica madre fastidiosa. Y entonces le conté. Su primera reacción fue de negación, me dijo: “No, eso a ti se te va a pasar, eso fue porque tu abuelo te dejaba jugar con carritos, fue porque tu abuelo...”. Como él fue quien me crio mientras ella trabajaba, según ella todo era culpa de mi abuelo.

Tiempo después, entre comillas, salgo del clóset como trans. No me gusta esa expresión, pero bueno, le dije a mi mamá para que no sufriera tanto shock: “Ay, mamá, igual me siguen gustando los hombres”. Fue como su pre-

mio de consuelo, pero realmente me gustaban las mujeres. Sufrí mucho porque no lo podía decir, sentía que iba a ser un doble golpe para ella. Y bueno, cuando me corté el pelo fue todo un tema; cuando salí con la primera ropa de hombre, también, hasta que por fin ella fue viendo programas de televisión, se fue instruyendo. El tema, claro, no me lo tocaba, pero empezó a dejarme ser, y después, cuando hablamos de esto en otra conversación, me dijo: “Es que a mí me da miedo que te hagan daño, yo no quiero que tú sufras”. Le decía: “Mamá, yo no voy a sufrir, sufría siendo una persona que no soy”. En el 2015 murió mi abuela y en el 2016 murió mi Nonno. Cuando miembros de la familia se dieron cuenta de que yo era trans, empezaron a decir que yo aproveché que mis abuelos habían muerto para salir del clóset. Fue todo un tema, muy denso, y claro, mi mamá al ver que su tía o su hermano le daban la espalda, me decía: “Esto es tu culpa”. Años después me dijo: “Me vale culo, yo quiero que tú seas feliz y ya”.

En el 2016 yo cambié de trabajo y me atreví a decir que era trans. La gerente me dijo: “Yo estaba esperando que tú me lo dijeras”. Obviamente cuando mi mamá se dio cuenta de que en ese trabajo las personas me querían, me apoyaban y me admiraban hasta cierto punto por lo que yo era, fue cuando ella terminó de soltar todo.

Por unos meses pensé: “Yo puedo vivir sin hacer la transición, o sea me corto el pelo y ya”. Pero llegó un punto en el que yo me decía: “No me gusta cómo sueno, no me gusta cómo me veo, no me gusta nada, no puedo seguir negando la realidad”. Primero empecé a verme con una psicóloga en Caracas, que supuestamente era experta en temas trans. Mi experiencia con esa psicóloga fue terrible, ella tiene su pareja mujer, uno pensaría que es una persona con la mente abierta, pero no, la señora me decía: “Córtate ese pelo porque vas a parecer marico”. Así con esas palabras. O me decía: “De ahora en adelante tienes que ponerte una media enrollada en la ropa interior para que sientas qué se siente tener un pene”. Yo me sentía mal, yo me preguntaba: “Pero ¿por qué? Eso no define ser hombre”. ¿Me entiendes? De hecho, yo no

quiero operarme abajo porque, primero, siento que la operación es muy complicada: son, de hecho, como cinco cirugías, es un tema medio denso. Dejé de ir donde esta señora definitivamente, además ella estaba en Caracas y yo en Valencia, no valía la pena. Después conseguí una psicóloga que era amiga de un amigo. Con ella me fue súper bien, pero sí sentía que los temas se iban por las ramas. Yo quería mi fucking carta que dijera algo tipo: “Usted sufre de disforia de género, usted está apto para hacer una transición”. Sentía que se iba dilatando. Dejé de ir, pensaba: “Estoy perdiendo plata, estoy perdiendo mi tiempo”.

Tener disforia de género es como nacer con una condición equis. Lamentablemente para llegar a mi meta tuvo que existir por un momento una carta que dijera que tengo disforia de género. Entonces me lo planteé no como algo que me hiciera sufrir, sino como un requisito que necesitaba para llegar adonde quería. No es una enfermedad, yo sé que es como cuando una persona nace con problemas de tiroides, no puedes hacer nada, no es algo que te impida, es algo con lo que tienes que trabajar todos los días, y si necesitas cierto medicamento, pues lo tomas. No es algo que me haga sentir mal. Para nada.

En mi último trabajo en Venezuela, la gerente me dijo que tenía una psicóloga súper buena y me la recomendó. Fui, efectivamente, y en dos sesiones la señora me dijo: “No, mira, vete averiguando lo de los exámenes, y cuando tú quieras yo te hago tu carta”. Empecé a buscar endocrinos y, cuando fui al endocrino, me hizo quitar la ropa. Me dijo: “Tú tienes pies de hombre, hay algo dentro de ti, dentro de ti, no sé, tu química, tu vaina, que hace que tengas más testosterona que estrógeno”. Entonces me hizo la lista de los exámenes y, cuando averigüé el precio, ¡era mi sueldo! Yo me decía: “Bueno, no lo voy a poder hacer”. Como que lo dejé a un lado y empezó a salir esta oportunidad de venirme a Colombia. Ahí pensé: “Prefiero no darle corriente a esta vaina aquí y tratar de hacerlo allá”. Frustra mucho que tengas que decidir: o comes o vives. Es horrible. Para mí fue una experiencia espantosa. La gente me pregunta: “Si Venezuela se acomoda, ¿tú te devolverías?”. Les respondo: “No, no

me devolvería”. Es como cuando terminas con una novia tóxica que sabes que te hizo la vida imposible, no hay manera de que vuelvas con ella. El amor se murió, ¡no más!

* * *

Una noche, mientras buscaba nombres en Internet, encontré Frank. El significado: “Un hombre libre”. De una dije: “Este es mi nombre”, pero después me puse a pensar: “Frank como el protagonista de *Frankenstein*, el hombre que fue hecho”. Dije: “Este es, no hay más, soy Frank”. Me gusta mucho la historia de *Frankenstein* porque, primero, fue un hombre que no nació como nace todo el mundo. A él lo hicieron, fue un hombre creado. Segundo, por



Si yo me pongo a evaluar el tiempo desde que me asumí como trans hasta ahora, muy pocas cosas han sido negativas, realmente han sido cosas muy positivas.

lo aceptaran, los veía como gente buena, y cuando decide presentarse pues le caen a palo por feo. Eso le genera un odio horrible hacia la humanidad, y yo me identifiqué mucho con esa parte porque uno piensa: “Fulano es bueno, me va a aceptar”. Después resulta que te pegan una patada en el culo.

su fealdad: era muy rechazado, a la gente no le importaba los sentimientos que él tenía, sino cómo se veía. De hecho, hay una parte del libro que me llama mucho la atención, en la que él está perdido en el bosque, sin saber nada, ni siquiera hablar, y él consigue un refugio

cerca de una familia. Ahí aprende a escribir, a hablar: logra esto observando nada más que a esa familia. Y entre más los observa, más los admira. Un día, él decide presentarse ante ellos. O sea, esa familia era todo para él, y soñaba con que

Cuando llegué a Colombia, yo tenía muchos pensamientos suicidas. Me sentía mal, pues obviamente era un país nuevo, tenía un trabajo que no me gustaba, y me costó mucho salir de ese hueco. Simón, un psicólogo de Liberarte, me ayudó mucho a salir, comencé a valorarme mucho más, y poco a poco me fui sintiendo mejor y mejor.

Yo llegué un 16 de enero del 2018 a Colombia y el 16 de enero del siguiente año tuve cita con el endocrino. En el 2020 empecé el tratamiento hormonal. Cuando la doctora dijo: “Ya podemos empezar”, sentí una felicidad inmensa, increíble, pero cuando me dio el *recipe* fue como: “Mierda ¿y ahora?”. Es como el dicho: “Mató al tigre y le tiene miedo al cuero”. Así fue.

Empecé a preguntarme: “¿Me gusta la manera como voy a transicionar? ¿Será que sí me va a gustar? ¿Será que los cambios físicos van a ser muy bruscos?”. No sabía qué era lo que me frenaba, no importaba cuántos videos viera, nada se comparaba con hacer ese cambio hormonal. Es una vaina loca, loca de verdad. El primer mes (del 16 de enero al 16 de febrero) no podía llorar. Mi novia me terminó el 8 de febrero, yo estaba con una amiga y ella me preguntaba: “¿Estás bien?”. Yo le respondía: “Pues triste”. Me decía: “Llora”. Le explicaba: “Marica, no puedo, no sé cómo explicarte que no puedo llorar”. Escuchaba canciones tristes, veía películas tristes, era imposible sacar una lágrima. Me cortó la lloradera, me la cortó, ahorita sí otra vez estoy llorando normal. Lo otro es que, como a la tercera semana, la libido comenzó a subir de una manera loca. Con razón dicen que los hombres piensan en sexo todo el día. Esto es real, esta mierda es real. Y luego, los calorones. Hacía frío y yo decía: “Marica, no puedo, me estoy asando”. La voz me cambió, me cambió bastante.

La doctora me había dicho que ella temía que me volviera violento con la hormona, no sé, todo el mundo lo dice: “El que empieza testosterona se puede volver agresivo”. En mi caso fue lo contrario: súper calmado, ya no me estresaba por cosas que antes sí me estresaban, estaba calmado.

* * *

Si yo me pongo a evaluar el tiempo desde que me asumí como trans hasta ahora, muy pocas cosas han sido negativas, realmente han sido cosas muy positivas. No necesariamente vamos a toparnos con puertas cerradas, hay mucha gente que está abierta al tema. Uno como persona trans siempre piensa: “¿Será que me van a emplear? ¿Será que no?”. La verdad es que en mis trabajos me ha ido súper bien. En el último trabajo que tuve en Venezuela (aún no había hecho el tránsito) me presenté con mi nombre muerto y luego le dije a mi jefa: “Soy trans”. Su respuesta fue súper positiva.

Cuando uno le echa los perros a una chica siendo hombre trans, lo primero que piensan es: “No tienes pene, no eres un hombre de verdad”. La población masculina te acepta más fácil, no sé por qué. Una amiga me gustó, ella siempre supo que yo era trans, siempre me apoyó, había un feeling súper chévere, pero ella tenía su novio. En un punto, cuando terminó con el chico, yo le dije: “Oye, mira, yo no espero que tú me correspondas, no tengo expectativas, pero tú me gustas”. Su respuesta en ese momento fue súper positiva, yo me quedé tranquilo, maté el tema, pero sí me di cuenta de que después de eso comenzó a hacer comentarios: “Yo a la gente trans no la entiendo”. Decía frases como: “Ricky Martin es gay, qué desperdicio”. Pero era todo el tiempo lo mismo, me molestó, nunca le dije nada, me lo guardé. Luego un día me escribió un mensaje en donde me decía que le molestaba que yo sacara el tema trans todo el tiempo. “Se me hace muy difícil entenderlo”, me dijo. Y claro, me dolió. Yo siento que la mayoría de las chicas son así, como que te aceptan, pero de lejitos.

Yo veo chicos trans que tienen muy buena suerte en el amor, la mía ha sido una mierda absoluta, de verdad. Mi primera novia la tuve en el 2007. Yo

en esa época ni pensaba, ni soñaba, ni me imaginaba... Sabía que había algo raro, pero no lo había definido. Con esa novia que tuve nos llevábamos muy bien, pero obviamente me daba miedo decirle a mi mamá que yo tenía novia. A mí las relaciones me han costado mucho porque te ven como un ser incompleto, como algo raro. La chica del cuento siempre me decía: “Pero no vayas a cambiar mucho”. Yo pienso: “Pues, marica, yo voy a cambiar lo que el cuerpo me deje cambiar”. No voy a parar un tratamiento para “no cambiar mucho”. ¿A qué le tienes miedo, me entiendes? Yo pienso que hay mucho temor de la gente.

A mi novia actual la conocí en Tinder. En Tinder tú sólo puedes poner si eres hombre o mujer, si estás interesado en hombre o mujer. Eso se siente excluyente, pues existimos las personas trans. Para conseguir a una persona a la que yo pudiera gustarle, tenía que poner que yo era mujer, que buscaba mujer, y explicar en la descripción: “Soy un chico trans”. A mí no me gusta esconderlo, soy esto y ya. Como al mes de haber instalado la aplicación hicimos match con alguien. Yo tengo el link de mi Instagram en Tinder y tengo un tazo de los *Power Rangers*. Lo primero que me dijo fue: “Amo tu tazo de los *Power Rangers*”. Nos conocimos, fuimos a comer sushi, todo bien, y ella desapareció. De nuevo la misma mierda. No sé qué hice mal. A la semana apareció y duramos varios meses así. Hace poco empezó a escribirme mucho y a lanzarme muchas indirectas muy directas. Yo empecé a visitarla. Mi temor principal era que ella es lesbiana y pues que yo soy alguien que a ella teóricamente no le gusta.

Cuando nos besamos por primera vez, hablamos, y ella me explicó que nunca había salido con un tipo, pero que no estaba cerrada a la posibilidad de que yo le gustara. Y le gusté. Ella se ve súper ruda y pensé que era súper activa, que por eso íbamos a chocar. Pero resulta que no. Yo también rompí muchas barreras dentro de mí, dejé de suponer que las personas son de una forma solo por verse de una forma. Por ahora todo va bien.

Hoy en día me siento muy bien, me siento muy tranquilo, ahorita lo único que me preocupa es la estabilidad laboral y traer a mi mamá de Venezuela. Estoy contento. Los cambios me han gustado. Lo de la pandemia ha sido un tema significativo porque, a ver, yo decía: “Este es mi año de volver a nacer, de hacer todo lo que no hice”, y obviamente con esta mierda no se puede salir, no se puede vivir, no se puede hacer nada. Además, los cuatro pelos que me están saliendo los tengo que esconder debajo de un tapabocas. ¡Es horrible! (*Risas*). De verdad es horrible.



Agustín

Algunos corazones explotarán

Por Agustín Usumafuui Acosta Rodríguez
Con el apoyo de Diego Valdivieso



I

Chakal o Zombie

Desde pequeño tuve la inclinación por lo masculino. En los colegios por los que pasé tuve muchos problemas porque no me gustaba usar falda, siempre iba en sudadera. Esto hizo que sufriera humillaciones públicas por parte de los profesores y directivos, al tiempo que empecé a ir a psicólogos desde muy pequeño porque yo no dejaba que me menospreciaran como mujer. Si me llegaban a molestar por la falda, los agredía físicamente. Hasta eso se llegó, a la violencia. Entonces me decían: “Tiene que ir al psicólogo, él determinará si usted avanza o no y si permanece o no en el colegio”. Era como una amonestación. “Tienes que ir al psicólogo y, después de eso, si no mejora tu actitud, te echamos, te vas del colegio”.

Yo era la única niña en el equipo de fútbol, por eso todo el colegio me tachaba de lesbiana y marimacha. No podía sobrellevarlo ni física ni intelectualmente con tareas manuales que supuestamente sólo correspondían al sexo masculino. Esto hizo que viera la feminidad como algo inferior, que creyera que ser mujer estaba mal, que ser mujer me hacía menos que las otras personas, que eso era lo que les daba el aval a otros para tratarme mal. Esa

fue la construcción desde pequeño en el colegio, y ha sido mi problema, mi lucha. En estos momentos no pienso así, yo he venido trabajando ese sentimiento femenino, esa parte de mí, me he ido reconciliando a través de los años, incluso con el uso de faldas y con lo que es ser mujer.

Mi mamá siempre me trató de defender de las maneras que pudo, pero obviamente no se enteraba mucho del tema. Lógico que sí sabía que no usaba faldas y, además de eso, tenía el pelo corto porque todos en la familia (éramos cuatro, y yo era la única mujer en ese momento) se cortaban el pelo, y a mí me daban ganas de cortármelo también. Siempre usaba ropa de hombre. Mi mamá lo fue admitiendo poco a poco. Ella, en el fondo, tal vez sabía lo que me estaba pasando, y no decía nada, no intervenía. Me compraba ropa femenina y muñecas, pero como vio que no era mi inclinación poco a poco fue dándome más libertad en la manera de vestir, en la manera de actuar. Con el apoyo de ella, cambiaba seguido de colegio por el *bullying* que sufría, hasta que al fin terminé en uno que era en la Universidad del Bosque, ya lo cerraron. Allí te dejaban usar la ropa que tú desearas; es como si estuvieras en la universidad, pero en realidad estabas haciendo décimo y once, y podías salir a tomar descansos a la calle, había más libertad.

Mi mamá siempre ha sido madre soltera, mi papá tiene otra familia. Mi papá es el típico relajado que dice: “Haga lo que quiera, si eso es lo que quiere”. Él es abogado, no me dice nada, no me juzga, simplemente me apoya en lo que puede, a él lo que más le interesa es que yo sea feliz y tenga algo que hacer.

Fue muy difícil para mí contarle a mi mamá. Lo hice a través de una obra de teatro en la que participé llamada *Transposiciones*, en el MAPA, en donde me sentí acompañado por mis pares. Queríamos expresar que era digno ser trans. Mi mamá trabajaba en la Contraloría General de la República, todavía está allá. Le dije que si podíamos presentar una obra en su trabajo, frente a sus compañeros, y en esa presentación, al final, yo le pregunté:

“¿Qué piensas de que yo ya no soy ella sino que en realidad soy él?”. Así tal cual le dije, esas fueron las palabras que encontré. Y ella dijo: “Será tratarlo en masculino”. Y se lo dije frente a un grupo de personas, no lo hice en privado, por miedo a su rechazo.

“

No he tenido problemas en la familia, digamos que a mis tíos obviamente se les tuvo que hacer la sensibilización. Mi mamá fue la que hizo ese proceso con mis familiares. Al principio no fue fácil, pero ya no me hacían comentarios tan bruscos, sino que había silen-

Tomar hormonas es una contraindicación de salud, es modificar tu cuerpo de una manera brusca. Pero también les sirve a muchos. En el caso de las infancias diversas, el criterio más importante debería ser el bienestar de la persona.

tenía unos senos bastante grandes, y empecé a negar esa parte de mí porque no me gustaba, me sentía incómodo, además que duelen mucho. Tenía una posición encorvada, parecía el jorobado de Notre Dame. Se notaba, es decir, la gente se daba cuenta y siempre era como: “Corrija la postura, usted tiene que corregir la postura”. Fue por lo que más me molestaron y al final no la corregí nunca. Cuando empecé a tomar hormonas, cuando empecé a experimentar con hormonas, la postura cambió naturalmente, como que la comodidad volvió a mí.

cio: como no sé cómo tratarlo, entonces mejor me quedo callado. Como persona trans uno se autosegrega de muchos espacios para evitar problemas, discordias, comentarios, etcétera.

Yo me desarrollé a los doce años, a esa edad tuve mi primera menstruación, eso fue muy incómodo. Y luego empezaron a crecer los senos;



Empecé a tomar hormonas hace diez años con Entre-Tránsitos, un grupo de activistas, en el Hospital San José. Me sentí acompañado y dije: “Bueno, voy a probar”. En esa época no había muchas personas que se atrevieran a publicar lo que les pasaba en el sistema de salud. Éramos uno de los primeros grupos que se metía con ganas a hacer una investigación social, entonces fui como el conejillo de indias para los doctores y dije: “Yo también quiero saber qué es tener una consulta médica como persona trans”. Se empieza por ahí. Los médicos también pueden ser nuestros sujetos de investigación. Al tomar hormonas uno tiene que ir al médico porque uno no sabe qué le hacen al cuerpo; está demostrado, además, que los efectos no se ven al principio sino a largo plazo. Los primeros que fuimos al médico y nos enfrentamos a los estereotipos de mujer-mujer, hombre-hombre, pudimos abrir un poco más la ruta de los doctores para que entendieran que también hay otras formas de ser y vivir fuera de un estereotipo, lo cual es muy chocante para muchos médicos. Pero ahorita las rutas médicas volvieron a cambiar más, te hacen pasar por otras pruebas que no entiendo, temas familiares, excusas y demás. En el Hospital de San José yo no sabía a lo que me enfrentaba, pero poco a poco fui conociendo al grupo médico y pasé por muchos doctores antes de llegar a los que eran. Pasó que la endocrinóloga no me explicó bien cuáles eran los efectos secundarios hormonales: he tenido muchos problemas con mi cuerpo porque las hormonas afectan los ovarios. Igual, para cada persona el efecto es diferente y las hormonas en esa época eran muy baratas.

Ahorita estoy teniendo citas médicas porque tuve unos dolores muy fuertes que empezaron por la menstruación. No eran el típico dolor que conozco de mi cuerpo, sino como una hinchazón muy fuerte que se fue por otro lado, como si sintiera que se me desgarraba algo por dentro. Pero tuve que dejar de tomar hormonas porque para mí el tratamiento hormonal ha sido totalmente agresivo, he tenido efectos secundarios muy fuertes. Entonces asistí a médicos; luego de hacer una ecografía, un doctor me explicó que, cuando uno toma hormonas, los ovarios (y todo lo que hay por dentro) se encogen. Mi cuerpo siempre luchó contra las hormonas. En un momento empezó una

batalla dentro de mí: los estrógenos se golpeaban con la testosterona que me estaban inyectando, eso hizo que mis ovarios y mi cuerpo tuvieran un cambio muy fuerte, no era achicamiento normal, sino más acelerado. Luego se puso en retroceso y volvió a la normalidad. Estaba tomando las hormonas y de repente empezaba a menstruar. No sé si es porque en esa época, por ser el tema tan nuevo, los doctores no conocían los efectos secundarios de las hormonas que estaban medicando.

Los médicos me decían: “Tome sus hormonas porque eso lo hace feliz, para que usted sienta una diferencia”. Obviamente a la mayoría de gente le funciona, pero en mi caso no fue así. Aparte de la depresión y la euforia, llegan unos cambios súper fuertes de humor, como si uno estuviera en la menopausia, es muy extraño. Ya no tomo hormonas, pero lo que me dicen que me pasa es que, como jugué mucho con ellas, eso ahora se ve reflejado en que tengo unos dolores que son más fuertes.

Por un lado, tomar hormonas es una contraindicación de salud, es modificar tu cuerpo de una manera brusca. Pero también les sirve a muchos. En el caso de las infancias diversas, el criterio más importante debería ser el bienestar de la persona, la autonomía, la integridad —se tenga la edad que se tenga—: y todo esto, con acompañamiento médico. Hay casos, sin embargo, y está bien que sea así, de personas que no necesitan de las hormonas porque no desean encajar o pasar por procedimientos correspondientes a los que tiene que llevar un tratamiento. Y también están las personas intersexuales (personas con características biológicas tanto masculinas como femeninas), que necesitan tener su propio desarrollo de personalidad a su manera, y tomar decisiones, incluso desde niños, sobre su sexualidad, como someterse a un tratamiento hormonal o no. Las personas menos visibilizadas son las intersexuales, que son las que están sufriendo más problemas en el sistema médico: las presionan para tomar hormonas y las obligan a operarse y encajar.

Yo ya me he hice la mastectomía —y actualmente me recupero de la histerectomía y de la salpingooforectomía, producto de la endometriosis—.



Me tocó hacerme estas operaciones por aparte, hace ya diez años, porque en el hospital, cuando empezaron a aparecerme los efectos secundarios hormonales y fui a reclamarle a la endocrinóloga, Endira, ella negó todo, y la psiquiatra, de apellido Tuesta, tampoco me quiso atender. Me dijeron que no, que no podía volver a asistir al médico en el San José, me negaron la entrada al hospital y ahora me niego a poner un pie en ese maldito lugar. Ese proceso lo llevé a cabo con mi madre, que me apoyó jurídicamente. Desde entonces esto me ha causado diferentes problemas, hasta hoy vengo a encontrarme unos efectos que no me esperaba. Y sólo tomé hormonas tres años. En esa época, esa decisión me hizo muy feliz, me hizo recuperar la confianza en mí mismo, y sobre todo me ayudó a abrirme sexualmente por lo que te ponen tan efusivo. Me hizo ser más sociable porque, a raíz de todos los abusos que había tenido en los colegios, no tenía muchos amigos.

Yo me llamaba a mí mismo *Chakal* o *Zombie*, me hacía por aparte de los seres humanos del común, no me gustaba socializar, en gran parte por el

problema con mi cuerpo, porque la gente me veía pero no me reconocía. Yo no era sociable porque no me entendía ni siquiera a mí mismo. Mis amigos eran los caballos, tenía clases de equitación y me la pasaba con ellos, me la pasaba haciendo tallas de madera en los pupitres e incluso me escapaba de las clases y me iba a verlos. He tenido siempre animales a mi lado. Hace poco mi gata Misha falleció, pero la familia aumentó con tres perras. La gatica llevaba conmigo trece años. Cuando yo estaba en el colegio, en décimo y undécimo en el Bosque, la adopté. Siempre la tuve conmigo, recuerdo que en los descansos me iba con Misha a hacer malabares a un parque, y esa era mi recocha.

II

Mi performance y Lady Zunga

Yo llegué a la cerámica más o menos hace tres años. Estaba estudiando artes en la Jorge Tadeo Lozano. Mi verdadera vocación es hacer performance: siempre he hecho actos inconscientes con mensajes ocultos puestos en escena, sólo que no me daba cuenta, en ese entonces, que reflejaban estudiar en el centro, vivir en el centro, parchar en el centro. Yo llegué a la cerámica por una decisión un poco realista y dolorosa, que es como eso que dicen: “Del arte no se vive”. Buscaba un oficio que fuera un poco artístico, que me diera la posibilidad de vender masivamente, pero también la posibilidad de hacer arte —porque la imposibilidad de la acción es la muerte—. Me gustan los mensajes subliminales que uno puede imprimir, más si tú eres una persona un poco estudiada. No quiero sonar grosero, pero si no eres un poco intelectual, es difícil leerlos entre líneas.

Ahorita estoy haciendo que mis actos performáticos se mezclen con la cerámica, estoy creando una obra que se llama *Corazones rotos*. Consiste en trece corazones que reflejan un sentimiento que hay en mi cuerpo y que quie-

ro explotar, o romper, que quiero sacar: todo lo que he vivido, tantas cosas que me han pasado, y llega hasta el punto que es como la gota que rebosó el vaso: lo de Lady Zunga. Su muerte me tiene un poco desorientado, desubicado, me tiene mal. Es difícil para mí hablar de eso. Y ya su muerte fue hace cuatro años, pero creo que es un cúmulo de abusos en mí que necesitan salir, es eso. Ya me siento mejor al respecto.

La idea es que con esos corazones yo haga un gesto performático. Los voy a poner en el horno, quemarlos, incluso algunos explotarán. Luego iré a diferentes partes de la ciudad, los romperé y los estrellaré contra el piso. Y



todo quedará grabado en video. En el escrito que le he hecho a los corazones rotos hablo del acto psicomágico. No sé si han escuchado de Jodorowsky, de la psicomagia: son actos inconscientes que uno mismo se receta

El inconsciente es un lenguaje distinto al de la realidad, y para entenderlo uno tiene que perder el control de la realidad, dejarse llevar por las emociones y crear actos que incomoden, que saquen eso que tienes dentro para sanarlo.

o que le receta alguien, actos que despiertan eso en ti lo que te enferma, lo que te está haciendo mal. Entonces uno trata de buscar una manera de exteriorizar todo eso para que lo sanes. Él habla de que el inconsciente es un lenguaje distinto al de la realidad, es como el len-

guaje de los sueños, y para entender el inconsciente uno tiene que perder totalmente el control de la realidad, dejarse llevar por las emociones y crear actos que te incomoden, que te saquen eso que tienes dentro para sanarlo. Jodorowsky habla de su cabaret místico, en donde la gente va con ánimo de hacerle consultas. En sus libros cuenta cómo él iba con chamanes haciendo sus propios estudios de operaciones mágicas que hacían los mismos: una mujer

le metía las manos a alguien en el vientre y perfectamente le sacaba el corazón y luego le metía otro, lo cosía pasándole el dedo, pero no había ni costuras, y esta persona podía oler perfectamente el olor de la sangre y recibía una receta después de la cirugía. Por eso empecé a leer mucho a Jodorowsky. He podido participar en una de sus recetas y me dejó impactado: te descolocan y te ponen en la posición más incómoda en la que puedas estar, pero lo importante es exteriorizar eso que te afecta, que tengas ganas de sanarlo.

A eso voy con el acto de los corazones rotos. La idea es luego recoger esos pedazos y tratar de pegarlos, enmendarlos, repararlos de alguna manera, pero el corazón nunca volverá a ser el mismo. Por ese lado me gustaría encastrar lo que pasó con Lady. Yo hago estos gestos y en un escrito explico cuál fue el proceso que tuve que llevar con ella, tratando de comprender qué fue lo que me pasó a raíz de su muerte. No fue nada sencillo, fue más difícil por la misma familia de ella, por la actitud de las personas. Uno puede tener que ir al médico y no pasa nada, pero si te encuentras con una enfermera que se burla de ti, que te hace una preguntas que no debería hacerte, es denigrante, y lastimosamente con la hermana de Lady fue denigrante. También pasó que no nos entregaran su cuerpo y por eso, pasadas tres semanas, perdí el control e intervine para que nos lo dieran. Ella fue enterrada en el Cementerio del 7 de agosto. Fue un entierro muy bonito, fue mucha gente, se tocó la gaita escocesa. Creo que fue uno de los entierros en donde más personas han ido a apoyar a una persona trans muerta. La mayoría de los entierros son de personas NN, termina pasando como si alguien dijera: “Métalo en esa caja y ya”. Nadie va por la persona, o más bien, por ese cuerpo.

Yo ya sabía cómo iba a morir Lady, ella nos lo dijo ocho años antes de que esto pasara, y ya lo había intentado un mes antes de tomar la decisión final. Era todo un proceso que tuvo que ver desde el inicio con la falta de oportunidades, digo yo. Uno desearía que las cosas fueran diferentes, pero ella sabía que esto tenía que pasar: por no poder tener buenas oportunidades, por

no poder acceder a un empleo o a un subsidio. Todo eso, además de su salud (por intervenciones mal aconsejadas en su cuerpo) y su madre (para quien no quería convertirse en una carga y fue a quien más amó y a quien nunca quiso hacer daño) dio para que tomara esa decisión. Para mí no hubo mayor recompensa que el abrazo gratificante de su madre al poderla ayudar a llevar a Lady a descansar en paz. Lady estaba en la edad en la que dejaría de ser una *lady* y pasaría a ser una dama: al cumplir los cuarenta años ella se convertiría en una persona adulta, por decirlo así, de lo cual dice la sociedad que deberías ya mantenerte por ti mismo y ser exitoso y demás mentiras. Y eso traería consecuencias en su cuerpo por las decisiones que tomó: ella no se quería hacer un seguimiento regular en el médico y se había puesto silicona líquida por su cuenta. Su cuerpo tenía unas heridas que no iban a sanar.

Lady hacía parte de ese círculo de personas que hacían *bondage*. El *bondage* o *shibari* es una práctica japonesa que tiene que ver con el sometimiento y las ataduras. Se trata de ponerse, someterse, amarrarse. Ella conocía nudos de amarre, solía hacer eventos donde amarraba a personas y las suspendía en el aire con cuerdas. Y fue así como terminó su vida, en un acto de ese tipo, porque se colgó y al mismo tiempo se masturbó. Tiene que ver con esa delicada línea entre el dolor y el placer, donde muchos han muerto, donde muchos buscan incluso una apertura de mente. Hay muchos elementos, muchos símbolos, y esa es la parte del lenguaje del arte que ella hacía que me gustaría enfatizar.

Era la persona más noble. Nos sentábamos a tomar un café y empezábamos a hablar del aborto. Tú decías que no, que eso era terrible; ella te explicaba, cordial y pacientemente, sin imponer su punto de vista, por qué una persona tiene la necesidad de pasar por ese proceso sin que se lo dificulten. Al mismo tiempo ponía en juego la religión y las creencias, como ser padre o madre en la sociedad, y terminaba preguntando cuál era el fin de criar a un ser humano si no eres capaz de cuidar el mundo en el que tú vives. Te ponía los puntos sobre las íes claramente de una manera muy amable, muy tran-



quila. Ella era DJ y se vestía de *Paris Hitler*, se disfrazaba como si fuera una generala de la SS, entonces tú piensas: “¿Y esto aquí qué pasó?”. Porque tú la veías y ella representaba todo lo que el nacionalsocialismo repudiaba: una mujer transexual, que no tiene un empleo regular y que además los confronta vistiéndose como ellos.

III

Agustín y Lady Zunga

Yo tuve unos problemas en Bogotá con unos grupos nazis, le conté a ella, y me dijo: “No tengas miedo, no va a pasar nada”. Y de repente apareció vestida, en sus performances musicales, como *Paris Hitler*. Con eso me tocó fibras delicadas, pero hasta en eso te pone en cuestión, te lleva a no tenerle miedo a nada de lo que la sociedad te imponga, y a vencer esos miedos para poder seguir avanzando, enfrentarlos cara a cara. Vestirse como general nazi fue su manera de hacerlo.

Cuando la conocí me contó que se iba a suicidar si no conseguía sus metas, de una me lo dijo. Para mí también fue algo choqueteante, fue como si me dijeran: “Yo soy tu amigo, pero te voy a dejar una herida muy grande, prepárate”. Lady es la única persona a la que yo idolatro, a la que pongo en un pedestal. Porque es una persona que te demuestra que sí es posible ser y hacer lo que tú quieres, y que sí hay personas conscientes que se dan cuenta de que se están haciendo mal las cosas, y que son capaces de verbalizarlo, porque la mayoría se queda callada, ve una injusticia y es como si nada estuviera pasando. Ella era de esas personas que se paraba frente a todo el mundo y decía: “No, las cosas no son así, y no tienen por qué ser así”. Era muy inspiradora. Cada vez que la veía en la marchas del Orgullo con sus tacones, con taches montando bicicleta, con sus pintas extravagantes, con su fuerza, era un ejemplo para mí, siempre me animaba verla.

Mucha gente especula sobre su muerte porque realmente no se enteraron de lo que pasó. Por eso yo siempre les decía que no fue un error, que no la mataron, que ella se colgó. La gente quedó con angustia y se preguntan si esto fue un accidente o un crimen de odio, pero lo que no entienden es el trasfondo, que fue una decisión, una decisión cruel, debido a una causa que fue el sistema: ella siempre buscó tener empleos diversos, pero no encajaba, y era denigrante para ella entrar a ciertas dinámicas, que te trataran como un masculino aunque tengas unas enormes tetas, que te pidan la libreta militar, porque en esa época no estaba resuelto el tema de las libretas. Lastimosamente no tuvo las oportunidades que tal vez hubiera tenido en el planeta del que ella decía iba a venir, tal vez en otro país le hubieran ofrecido algún tipo de oportunidad, o como DJ la hubieran apreciado más, y hubiera tenido más shows, porque no era fácil contratar a alguien cuando iba vestida de nazi.

Lady estaba haciendo el proceso de cambiarse el sexo masculino a femenino en la cédula, pero no lo terminó por cuestiones burocráticas. Eso dificultó que entregaran su cuerpo, hasta muerta y le pasaban estas cosas, y en medio de ese limbo, sin dejar de causarle estragos al sistema con su arte, ella dijo: “Yo ya me salí del sistema porque no tengo nombre, soy un abecedario (en su cédula se leía ABCDEFGHIJKLMNOP). Soy libre, y soy libre también de pensamiento”. De las personas trans, ella habría sido de las mayores estrellas, pero no quería vivir así. Fue valiente al tomar esa decisión. Me quiero despedir haciéndole este homenaje amoroso a ella y sin negar todas las preguntas que quedan abiertas.



Andrew

Reconciliación

Por Andrew Aguacia

Con el apoyo de David Jiménez Ávila



I

Refugios

No fui un niño como los otros. No sabía que era visto como una niña, sólo sabía que me sentía identificado con lo masculino. Una vez, cuando tenía cuatro o cinco años, estaba jugando con un compañero y nos fuimos a los golpes. Lo empujé, lo lancé al suelo; forcejeamos. Una profesora nos separó y me dijo: “Las niñas no hacen eso”. No le molestó tanto la pelea sino la rudeza, esa postura masculina que vio en mí en ese momento. “Las niñas no hacen eso”. Fue la primera vez que me di cuenta de las diferencias que había entre hombres y mujeres, que yo era visto como una niña. Esa pelea fue la primera confrontación con mi identidad en la infancia.

Crecí con mi mamá en Bogotá. Ella venía del campo, de Barbosa, Santander, y se separó de mi padre cuando yo aún era un bebé, por lo que me crio como una madre soltera. Con él tengo una buena relación ahora —conozco su nobleza y su ternura—, pero también recuerdo su distancia, sus ausencias. Hubo una vez en que mi mamá tenía una cirugía pendiente y tuvo que dejarme al cuidado de una persona conocida. Yo tenía ocho meses. Cuando

ella volvió una semana después, estaba muy enfermo, con una infección renal grave que me causó problemas de salud por muchos años. Habría querido que él estuviera ahí, no otra persona. Recuerdo, también, sus promesas: muchas veces me decía que iba a ir a la casa para hacer algo conmigo y nunca llegaba. Llamaba solamente en los cumpleaños y en Navidad. Esos momentos crean un vacío muy fuerte en un niño.

Durante ese período pasaron también dos hechos que tuvieron implicaciones muy fuertes en mi vida: mi mamá me matriculó en un colegio femenino católico y, poco después, empezó a ir a una comunidad cristiana, la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Empezamos a asistir allí todos los sábados. Mi vida en ambos espacios fue difícil. En el colegio estuve desde segundo de primaria hasta grado once. Los roles de género estaban mucho más marcados entonces y las religiosas eran muy exigentes. Sin embargo, encontré varios refugios,



Me encantaba vestirme como hombre, pintarme la barba, habitar mi cuerpo, poder expresar mi preferencia por lo masculino. Recuerdo que me miraba en el espejo y me decía: “Qué bien se siente, cuanto daría por ser este todo el tiempo”.

espacios en los que podía expresarme con libertad. El primero fue el fútbol. Sentí que allí podía expresar con más naturalidad mi masculinidad, camuflarme: podía usar pantalón, tenis, cogerme el cabello, tener actitudes masculinas más libremente y fugarme un rato de

ese sistema de género que tanto me oprimía. Muchas veces me señalaron por esto en la familia. Parte de ella empezó a compararme con mis primas: ellas jugaban con muñecas y yo prefería el fútbol. Esa era, para ellos, la confirmación de que algo estaba mal. Lo que más me molestaba era sentir que la feminidad era algo impuesto, un requisito que tenía que cumplir, un deber ser.



En el bachillerato tuve la opción de cursar materias lúdicas. Podía elegir entre teatro, danza, manualidades y música. Escogí teatro —antes, en la primaria, no nos ofrecían estas materias, era un colegio bastante conservador—. Fue la oportunidad perfecta para ser yo mismo, para encontrarme. A nadie le gustaba escoger los papeles de personajes masculinos y yo me postulaba siempre para representarlos. Me di cuenta de que me encantaba vestirme como hombre, pintarme la barba, habitar mi cuerpo, poder expresar mi preferencia por lo masculino. Recuerdo que me miraba en el espejo y me decía: “Qué bien se siente, cuanto daría por ser este todo el tiempo”.

Mientras pasaba por estas experiencias en el colegio, seguía asistiendo a la iglesia todos los fines de semana. Pertencí a esta comunidad desde los seis hasta los 27 años. La mayoría de mis amigos estaba allí, toda mi red social. Mi madre empezó a ir porque no se sentía cómoda con el catolicismo, sentía que le faltaba algo más. Ella habló sobre el tema con un sacerdote y él le dijo que buscara una fe con la que se sintiera más identificada. Fue así como encontró esa comunidad cristiana. Le gustó que hicieran un estudio detallado de la Biblia, el ambiente en la iglesia, la solemnidad y la hermandad. Algunos niños se sentían obligados a ir, pero no era mi caso: yo compartía en ese momento las creencias que tenía mi madre y me interesaba tener una relación especial con Dios, conocerle: me sentía atraído hacia ese Padre amoroso que te acompaña en cada momento. La búsqueda espiritual empezó a convertirse en un tema muy importante para mí.

Ambos espacios, el colegio y la iglesia, eran bastante conservadores. Las chicas empezaron a gustarme desde muy temprana edad y no podía expresar lo que sentía. Me lastimé, me sentía uno de los peores seres humanos. Traté de ignorar mis emociones por mucho tiempo, de vivir como se suponía que tenía que vivir: con un género con el que no me sentía yo mismo, sin poder expresar la atracción que sentía por las mujeres. Cualquier desviación de esa norma era castigada y fue lo que me pasó en el colegio una vez. Cuando tenía 16 o 17 años, entró una profesora de español muy bonita. Ella me atraía, pero

jamás iba a decir nada, era mi secreto. Me daba mucho miedo que supiera lo que sentía, pero supongo que, de algún modo, notó mis sentimientos. Se pegó una rayada impresionante con eso. Empezó a decirles a mis compañeras que tuvieran cuidado conmigo, que yo era rara. Eso propició un episodio de violencia muy doloroso.

Un día estaba con varias chicas y ellas empezaron a preguntar por relaciones afectivas: con quién me gustaría estar y por qué, cosas de ese tipo. Cuando fue mi turno, dije un par de nombres; no pensé que el tema tuviera mayor importancia. Varias se aprovecharon de la situación y fueron a decirles a las chicas que nombré que yo quería estar con ellas. Lo tomaron como acoso: fueron donde la psicóloga del colegio y le contaron. Como yo jugaba fútbol y se notaba mi preferencia hacia lo masculino, el relato tenía sentido para todo el mundo. La psicóloga habló con la directora de curso y convocó una reunión con ella, la coordinadora de disciplina, y las 42 estudiantes del salón porque yo estaba causando “mucho malestar”.

Fue un momento muy doloroso. Yo había estado en ese colegio desde segundo de primaria; eran mis amigas de toda la vida. Si tenían algo que decirme, ¿por qué no lo hicieron en privado, de otra manera? ¿Por qué la psicóloga no me llamó primero para hablar conmigo y oír mi versión? Lo entendí como un banquillo, un juicio. No podía decir nada porque no quería que me expulsaran, tampoco quería tener problemas con mis padres. Al final, ellos no se enteraron, no acepté nada delante del curso, y el asunto no se tocó más. Sentí que se me caía el mundo: tuve que pasar por este incidente solo, sin el apoyo de nadie.

A raíz de esto, me cerré aún más a expresar lo que sentía, limité mucho mis relaciones afectivas: no quería volver a pasar por lo mismo o causarle daño a alguien más. Mucho tiempo después tuve mi primera relación: fue cuando ya estaba en la universidad —estudiaba Ingeniería en Telecomunicaciones— y tenía independencia económica. Empecé a notar que había *feeling* con una amiga de la iglesia. Yo no podía creer que alguien se interesara en

mí. Estuvimos juntos por cinco años en una relación que nunca oficializamos. Llevábamos una doble vida porque nuestras familias iban a la misma iglesia. Es muy difícil salir del clóset en una comunidad religiosa y aún más, cuando tu familia pertenece a esa misma comunidad. A pesar de toda esa complejidad, con el tiempo y los procesos para sanar, valoro ahora esa experiencia. Ella me dio la oportunidad de salir del miedo. No fue planeado, simplemente surgió de una amistad: pasábamos mucho tiempo juntos por las actividades de la iglesia y surgió, empezó por la química y se convirtió en un lazo muy fuerte. La ruptura de la relación fue una de las razones que me impulsó a iniciar mi tránsito y a alejarme de la iglesia.

II

“Mi tránsito es una búsqueda espiritual”

Mi experiencia de tránsito ha sido también una experiencia espiritual: por la emancipación que experimenté, por la búsqueda de la libertad. Veo a Jesús como una figura libertaria que reivindicó la dignidad humana y nos ayudó a sacudirnos de taras y prejuicios. Por eso creo que siempre me identifiqué con él. Llegó un momento en el que sentí el peso de haber sido perseguido por vivir mi masculinidad en un cuerpo asignado como femenino; que había recibido toda esa carga y señalamiento social. Cansado, con dolor en el corazón, dije: “No más, estoy harto de aparentar ser quien no soy, voy a hacerlo por mí”.

Cuando, al tomar esta decisión, me alejé de la iglesia, sentí el rechazo de una comunidad que era como una familia para mí. Fue un momento muy doloroso. Entré en depresión. Todos mis amigos y las personas con las que había crecido estaban allá. Me sentía a la deriva. Sin embargo, sabía que había tomado la mejor decisión de mi vida: respetarme, valorarme y dignificar mi experiencia como una persona trans. Después empecé a involucrarme en

el activismo, esto me salvó la vida. Lo primero que hice fue averiguar sobre temas trans en redes sociales. En ese entonces me encontré con un documental de Nat Geo en el que Camilo Rojas, un chico trans de 12 años, contaba su experiencia acompañado de su madre. Eso me ayudó a saber que no estaba solo y que no era el único que pasaba por la imposición de un género con el que no me identificaba. Encontrar a Camilo y a su madre me ayudó a salir del limbo de soledad en el que me encontraba.

Luego, en 2012, conocí Entre-Tránsitos. Me decidí a ir a una reunión luego de que unos amigos me hablaran del colectivo. Me encontré con otros chicos que habían vivido lo mismo que yo, me ofrecieron su apoyo, y me ayudaron a ver una posibilidad de comenzar mi transformación. A partir de

“

entonces empecé a reconciliarme con mi ser, con mi cuerpo. Allí viví experiencias que me hicieron sacudir de paradigmas que tenía sobre el género. Recuerdo *La chiva patologizadora*, un performance en el que salíamos a la calle como *clowns*, y les pedíamos a las per-

Llegó un momento en el que sentí el peso de haber sido perseguido por vivir mi masculinidad en un cuerpo asignado como femenino (...). Cansado, con dolor en el corazón, dije: “No más, estoy harto de aparentar ser quien no soy, voy a hacerlo por mí”.

sonas que nos encontrábamos que llenaran un cuestionario para determinar qué tan disfóricos eran. La disforia es una categoría psiquiátrica con la que las personas trans hemos sido patologizadas. En el cuestionario que diseñamos había preguntas como éstas: ¿Qué juguetes tenías cuando eras niño/a? ¿Te gustan las personas del sexo opuesto? ¿Te gustan las revistas de carros? Y lo que confirmábamos era que nadie cumplía las “normas de género”. Según ese ejercicio, todos en alguna medi-

da éramos disfóricos. La intención era interpelar, incomodar. Eso me sacó de una burbuja. Los seres humanos, en general, estamos muy lejos de ese tipo de estándares absurdos que causan mucho daño.

Era un grupo muy diverso: fuimos familia, confidentes, hermanos de tránsito. Después de asistir a varias reuniones, me preguntaron cómo quería llamarme. Ese es un momento crucial para una persona trans. Es nacer conscientemente. Sabía que el nombre que quería era Andrés. Cuando mi madre estaba embarazada, había pensado ese nombre para mí, pero al nacer y haber sido asignado como mujer, decidió llamarme Andrea, que en griego significa “mujer varonil”. Eso tiene un significado especial para mí: es como si, a partir de ese nombre, ella hubiera visto lo más profundo de mi esencia. Sin embargo, en el momento inicial de mi tránsito, escogí Andrew por un par de razones, la primera porque necesitaba un nombre intersex con el que pudiera pasar desapercibido: los primeros años de tránsito son complejos, no es fácil cambiar todo radicalmente. Y escuché que algunas mujeres de cariño se les llamaba así, era perfecto para mí, no tenía que dar muchas explicaciones, además, era la traducción inglesa de Andrés. Y la segunda razón, fue porque encontré un referente en el cine, un personaje en la película *La Propuesta* con Sandra Bullock, que se llamaba así y con el que me sentí identificado. Era un hombre que rompía los estereotipos del hombre rudo, del galán, del héroe, simplemente era un chico común y corriente, comprensivo, tierno y paciente, humano. Hoy soy más conocido como Andrew, y me siento orgulloso de ser reconocido así, es un homenaje a una etapa muy valiosa de mi vida, la de la emancipación y la reconciliación con mi esencia.



III

Hablar del cuerpo

El 5 octubre de 2012, en mi cumpleaños, empecé el tratamiento hormonal: quise tomar ese paso, un nuevo comienzo, en esa fecha simbólica. Creo que la terapia hormonal ha sido parte fundamental en mi tránsito, pero no es el fin. Cada etapa de mi vida ha traído nuevas reflexiones sobre mi masculinidad. Hay tantos transitos masculinos como hombres trans en el mundo. Cada uno elige transitar a su manera: con testo o sin testo, con cirugías o sin ellas. En mi caso, ver los cambios físicos me ha traído una gran satisfacción: me ha hecho sentirme cómodo y disfrutar con más libertad mi cuerpo.

Tres meses después, en diciembre, recuerdo que me encontré con mi padre y algunos familiares. En ese momento, los cambios eran muy notorios y ellos no sabían nada sobre mi transición. Me vieron y se sorprendieron mucho, hubo claramente incomodidad. No les puse cuidado, no había sentido la necesidad de hablar con ellos del tema. Al otro día, mi papá llamó. Le dijo a mi mamá: “Oiga, ¿qué le está pasando a la niña? Yo la vi muy rara”. Ella le respondió: “Recuerda que yo siempre quise tener un hijo. Pues tal vez fue tan fuerte el deseo que se cumplió”. Fue un choque muy fuerte para él. Entonces acordé una cita para vernos y explicarle todo.

Nos encontramos y le conté mi proceso: le dije que nunca me había sentido mujer, que había encontrado una respuesta a lo que me sucedía y que me sentía satisfecho con la respuesta y el proceso. Él me preguntó: “¿Eso lo has sentido toda tu vida?”. Le respondí que sí, que este sentir me había acompañado desde que era niño. Me preguntó si era feliz y le dije que sí, que me sentía mucho más tranquilo. Me dijo que siempre iba a estar ahí para mí, que me iba a acompañar en lo que quisiera, que no era nadie para juzgarme. Le agradecí mucho porque sé que muy pocos padres reaccionan así. Mis tías maternas también me sorprendieron. Cuando les conté, me dijeron: “Sabemos que siempre has sido muy masculino y, aunque no entendemos casi nada de este proceso, si eres feliz, seguirás siendo la misma persona para nosotras, te trataremos con el mismo cariño”. Su comprensión me conmovió y su apertura mental, me impresionó.

Dos años después, en 2014, tomé la decisión de continuar mi tránsito con acompañamiento médico. Varios hombres trans comenzamos tratamientos hormonales de manera artesanal, sin la asesoría de un especialista. En mi caso, busqué a los especialistas al darme cuenta de las implicaciones que puede tener la terapia de reemplazo hormonal prolongada en el bienestar general. Afortunadamente, la testosterona no ha tenido efectos adversos en mi cuerpo: desde el primer día la recibí muy bien. Pero no es el caso de algunos hombres trans en terapias de uso prolongado: varios han sufrido desbalances

hormonales, problemas de piel, afectaciones en el sistema reproductor, problemas cardíacos y accidentes cerebrovasculares. Creo que es importante que haya más conciencia sobre la importancia del acompañamiento médico para nosotros. Hoy sabemos que es importante practicarnos citologías y revisar la dosificación de la testo periódicamente, entre otras prácticas. Yo, por ejemplo, estoy en un momento en el que mi cuerpo ya alcanzó los niveles estándar de testosterona y por eso necesito ahora una dosis menor a la inicial.

Hay que hablar abiertamente de nuestros cuerpos. Hace parte de la reconciliación con nosotros mismos, de este proceso espiritual. Tenemos que hacer las paces con este conjunto de cosas que somos. A todos nos han enseñado a rechazar nuestro cuerpo, especialmente a las personas trans. En mi caso, rechacé parte de mi cuerpo por la imposición de un género no deseado. Ejercí violencia contra mí mismo sólo por validar mi masculinidad: la práctica de fajarse el pecho desde muy joven con todo tipo de métodos es muy dolorosa. Y a nivel emocional también hay violencia, claro. Recuerdo, por ejemplo, que en el colegio hicieron una vez un mural con todas las integrantes del curso. Pusieron una foto y el nombre de la persona junto con una característica especial. La mía fue la ternura. Me sentí tan mal... Yo quería ser rudo, no tierno. Cuánto dolor me trajo eso. En realidad, soy cariñoso y me lo negué a mí mismo por bastante tiempo sólo por querer demostrar qué tan fuerte era.

Hoy me reconcilio con mi historia. Creo que la masculinidad es tan valiosa para los hombres trans porque nos cuesta, hay que lucharla, romper muchos paradigmas internos y externos, ideas sobre el género que se han normalizado y hemos dado por sentadas y nos han causado mucho dolor a lo largo de nuestra vida, aun después de iniciar nuestro tránsito. La fuerza y la rudeza que aun parece ser una constante en el trato entre nosotros nos deshumaniza. Los hombres trans podemos cambiar estas formas heredadas de la masculinidad hegemónica que nos lastiman y quiebran tanto.

A mí me gustaría que los hombres en general nos reconciliáramos con nuestros cuerpos y con nuestras emociones: creo que nos hemos lastimado

mucho. La masculinidad que tradicionalmente se ha enseñado de manera violenta, impone una rudeza que nada tiene que ver con la fortaleza del espíritu. Por eso insisto en la importancia del activismo y del trabajo comunitario: al encontrarme con mis pares, hallé un espacio en el que fui valorado, pude reconciliarme y sanar esas violencias que me rompieron. A través de la lucha por la dignidad trans, encontré no sólo la riqueza de las experiencias transmasculinas, sino una forma más sensible —más humana, si se quiere— de ser hombre.



Simón

El mundo al que le apuesto

Por Simón Uribe Durán

Con el apoyo de Nicolás Hernández-Muñoz



I**Hay niños diferentes**

“Háganlo por los niños”, dicen padres conservadores desestabilizados con la existencia y reconocimiento de personas como yo. Asumen que todos debemos ser personas cis y heterosexuales, que no serlo es un defecto que hay que prevenir a toda costa, algo que ocurre por “errores en la crianza” o “fallas morales”. Niños trans, intersex y homosexuales siempre hemos existido y sobrevivido a pesar de la negación de nuestras vidas. Crecí en los ochenta y noventa en una ciudad pequeña y conservadora como Bucaramanga siendo una marimacha. En retrospectiva, fue muy duro sortear eso desde tan joven, sin herramientas o personas con quien hablar. Tuve que descifrar todo por mi cuenta. Sentía que guardaba un secreto y que no podía hablar de esto con nadie; no podía expresarme y ser yo mismo con tranquilidad. Seguí adelante con la esperanza y la determinación de encontrar respuestas y un lugar más incluyente donde podría ser auténtico. Intuí que había personas que sentían y pensaban como yo, que no cabían en el ideal de hombre o mujer tradicional. Les niños que no nos ajustamos a las obtusas normas de género y sexualidad también necesitamos reconocimiento y apoyo en la infancia. Desde muy pequeños nos quieren hacer pensar que no podemos ser y que lo que somos no

está bien. Darle la vuelta a eso nos toma tiempo y es generalmente un proceso largo y difícil. Con la apertura y apoyo de nuestras familias y comunidades nuestra niñez y vida adulta resultaría más plena y enriquecedora.

Cuando recuerdo mi infancia, considero que desde muy chico habité un espacio ambiguo. No me quería dejar marcar por el género y confundía a las personas a mi alrededor. Ser nombrado “niño”, “señor” o una persona con un género indescifrable ha sido un lugar común a lo largo de mi vida, mucho antes de mi terapia de reemplazo hormonal. Cuando esto sucedía, quien cometía el “error” de no reconocer mi género, que siempre nos han dicho que es tan natural y evidente, abría sus ojos con sorpresa y perplejidad. Mi ambigüedad enrarecía el ambiente. A pesar de esto, sentía satisfacción al ser percibido como yo me sentía, como un niño, más a gusto con la masculinidad. Hay muchas fotos de mi infancia que atesoro porque en ellas ya se evidenciaba mi expresión de género e identidad. La que más recuerdo es una en la que aparezco serio, con camisetas de cuadros remangadas, una sola candonga pues había perdido la otra, y el pelo corto peinado hacia atrás como galán de clásico hollywoodense.

Fui más feliz en esta época, antes de la adolescencia, porque no sentía con tanto peso el género como una restricción o tal vez no era tan consciente aún. En la infancia hay más flexibilidad a la hora de experimentar con la expresión de género, o al menos así fue en mi familia gracias a mi insistencia. Llevaba el pelo en honguito generalmente, que si lo pienso era el corte de los rompecorazones de los noventa: Leonardo DiCaprio y chicos de bandas juveniles. Había logrado que mis padres y familia cercana reconocieran mis gustos e intereses. En mi hogar podía vestir, jugar y actuar como quisiera a pesar de mi nombre de flor primaveral. En Navidad me regalaron tortugas ninjas o juguetes tradicionalmente para niños. Una vez logré, incluso, en medio del llanto, que en una piñata me cambiaran una Barbie por un Caballero del Zodiaco gracias a la ausencia de otro niño invitado.

Había ciertos reclamos o malas miradas por mi comportamiento, sobre todo de les menos allegades, pero en general hubo mucha libertad en esos años y la esperanza de que todo esto se me iba a pasar en algún punto. Las mujeres de Santander tienen fama de ser más fuertes e independientes. Era común que mis compañeras o mi hermana compartieran ciertos rasgos tradicionalmente vistos como masculinos conmigo. De mí brotaría la feminidad y la heterosexualidad para convertirme en una buena esposa y madre como había pasado ya con muchas. Quería ser un niño, socialmente reconocido como un niño, pero guardé esa idea en la parte de atrás de mi cabeza. Ya varias señales de adultos me habían hecho sentir que eso era un imposible. Un día se lo había dicho explícitamente a una vecina que me cuidaba de vez en cuando, ella me había frenado en seco y me recordó que era una niña: “¡Ni se te ocurra! ¿Qué son esas cosas de querer ser un niño?”, me dijo. En ese momento, con el hecho de que me dejaran actuar e interactuar como yo quería era suficiente. Todavía los asuntos con mi cuerpo no se manifestaban porque no había pasado por la pubertad.

Mi familia se encargó de apoyarme mucho en eso, me dio muchas libertades, pero yo tuve que estrellarme una y otra vez con el mundo exterior y sus ganas de imponer el rótulo y las limitaciones de la categoría de niña, que me hacían sentir tan fuera de lugar. Estudiaba en un colegio mixto, algo que hasta el día de hoy agradezco mucho. No sé cómo habría sido para mí si mis padres me hubieran matriculado en un colegio femenino. En apariencia, el entorno era más equitativo, muchas mujeres mostraban ser igual o más atléticas e inteligentes que nuestros compañeros. Sin embargo, las expectativas y reglas implícitas del género seguían arraigadas en nuestras interacciones. De las mujeres se esperaba mayor pasividad, orientación a las ciencias sociales y lenguajes, un atletismo limitado, pues era más importante la belleza y la pasividad en sus múltiples manifestaciones, sumisión, delicadeza. No lograba sentirme cómodo en eso que se suponía debía hacer con naturalidad por tener

una vagina. En el sistema de género tradicional, fracasé desde muy joven, yo era claramente una “anomalía”.

Comprar ropa era una tortura, me recordaba las opciones que se me daban y lo poco que me gustaban. Eso al menos es más fácil para nosotros que para las mujeres trans. Yo podía utilizar un pantalón sin que se me señalara, mientras que las mujeres trans difícilmente pueden optar por ponerse una falda o feminizarse sin ser objeto de burla o violencia, y más por esas épocas en la ciudad pequeña y conservadora en la que crecí. En nuestra sociedad, lo que termina siendo una condena mayor es feminizarse, que una mujer decida ser un marimacho ha pasado más de agache. Es menos condenado, pero tampoco salimos invictos del señalamiento y de los problemas. Ser un disidente de género sigue siendo difícil en unos contextos más que otros, pero aún persiste el prejuicio de que somos “enfermos” o “anormales”. Mi forma de ser, mi incapacidad de performar como niña de manera exitosa, eran señales que me marcaban como una lesbiana en potencia. No se equivocaban, aunque se quedaban cortos.

Para mí, tener características de uno y otro grupo no era un problema, era lo que brotaba de mi interior. Podía llorar sin cohibirme y ser dulce, a la vez que podía ser fuerte e independiente. Además pensaba que en cada una habitaba esto y que meternos en esas cajas exclusivas de género masculino o femenino era una cárcel para todos. A través de esos años, oía de manera constante: “No te pares así”, “No hables así”, “No te puede gustar eso”. Así era, así me comportaba y esas cosas me gustaban, nunca he sido bueno para fingir y no me nacía nada de eso. Los comentarios y reproches se resumían en una idea: *No actúes como un niño porque no lo eres*. No solo era un mensaje explícito: ciertas indirectas y gestos me daban a entender que había límites que no debía cruzar. No podía ponerme un pantalón y debía usar una jardinera, que era el uniforme de las mujeres. No podía inscribirme en fútbol porque no se les permitía a las mujeres. Como mínimo, debía tener el pelo por las



orejas para mostrar que no era un hombre. Todo esto estaba prohibido por el manual de convivencia. Para muchas de mis compañeras, hacer o no hacer estas cosas no era relevante, ni siquiera se les pasaba por la cabeza, pero en mi caso esa distinción entre actividades y comportamientos de niños o niñas era una limitación enorme. Si claramente un pantalón o una sudadera me hacían sentir más a gusto, ¿por qué debía usar la jardinera y llevar el pelo largo? Si me gustaba y jugaba fútbol en el conjunto, ¿por qué no podía hacerlo en el colegio e ir a intercolegiados como lo hacía con el voleibol? De ahí nació mi interés en estos temas, más precisamente, en lo que la diferencia sexual implica para las personas.

Una vez, la mamá de una amiga que había sido reina de belleza no pudo ocultar su desasosiego por mi brusquedad a la hora de hacer manualidades y por la forma como me comportaba en su casa. Debió haber pensado que me-

nos mal no era su hijo. Sus dos hijas eran como ella: un ejemplo de ser mujer. Mis primos mayores no me lo decían de frente, pero no les parecía coherente cuando yo decía que quería ser el Rey Arturo cuando jugábamos a salvar a mis primas luchando con escobas de madera. Todos me veían como pensando: “Esta se enloqueció”. Yo no era tonto y notaba que esas conductas masculinas de mi parte eran mal vistas. Con el tiempo aprendí a mostrar menos, a no ser tan explícite, porque mis gustos y acciones eran condenadas.

También se me viene a la mente la vez que me vi en un espejo usando un vestido. Tenía que comprar uno para una fiesta de quince a la que ni quería ir. Mi mamá y su amiga se asomaron y me dijeron: “Te ves divina, nena”. Yo pensé: “¿De quién están hablando?”, porque nunca me sentí ni lo uno, ni lo otro. Me cuesta pensar que las personas a mi alrededor no se dieran cuenta de mi cara de tristeza e incomodidad cuando se me obligaba a cumplir estos protocolos del género. Pienso que era tan fuerte el anhelo de “normalidad” que no querían verme. Esta escena se había repetido varias veces desde mi infancia. La lucha y el llanto a la hora de ponerme un vestido son un recuerdo muy claro en mi historia familiar, en particular de mi mamá. Si salíamos a la calle y alguien me decía que estaba bonita, volvía a llorar e insistía en quitarme la ropa ahí mismo. Por eso, ella les pedía a los demás que me ignoraran, que no me dijeran nada.

Con la adolescencia también llegó lo romántico y las interacciones que se presumen siempre heterosexuales. Siento que, en esta época, la diferencia sexual se marca con mayor fuerza y esmero, hace parte de esa nueva faceta del enamoramiento heterosexual. Si cada uno está en su lugar demarcado, es más fácil jugar el juego, el guion del amor hetero. Mis amigas hablaban de tragas y yo decidí inventarme una de turno. Generalmente era un chico amanerado o mayor, o alguien que vivía muy lejos. Un amor imposible era una forma muy eficiente y fácil de fingir. Me sentía muy incómodo cuando me veía forzado a ir a bailes o a fiestas con vestido largo y tacones. Esos fueron de

los peores momentos. Era visible, yo lo sentía y eso era fácilmente percibido por los demás. No funcionaba, no fluía. Es decir, lo que para mis compañeras era un momento crucial de su vida, cuando uno empieza a salir a fiestas a bailar pegado Ricarena, para mí fue una tortura. (*Risas*). Me obligaban a ir, era mi castigo. Desde muy niño me reprendían obligándome a socializar con otros niños, a salir a la calle, a ir a fiestas. Me sentía más tranquilo en la soledad, con mis libros y juegos. Cuando iba, me sentaba a mamar gallo, a conversar con tal de que pudiera evitar esas dinámicas de tener que bailar con un hombre pegado o intentar verme sensual y “bella”. Sabía que estaba destinada a fracasar en la mascarada de la diferencia sexual por lado y lado: no me gustaban los hombres y tampoco me sentía ni quería ser esa mujer que me pedían. Me parecía absurdo no poder vestirme como quería, como me sentía mejor conmigo. Siempre soñé con ir a mi graduación de traje y corbata, pero era algo impensable para la época. Terminé embutido en un vestido y tacones. Ya había renunciado a intentar darle un chance a encajar, y en ese punto sólo quería intentar buscar un lugar donde pudiera ser en paz, ser lesbiana, ser machorra. Siento que en mi entorno, algo que para muchas no fue un acto condenable, había reparos sobre alguien como yo, que rompía con la “naturalidad” del género binario, con la idea de sólo hombres machos, sólo mujeres damiselas, nada intermedio. Eso que ellos llamaban y pensaban de manera tan natural, era un papel que no logré interpretar, creer y vivir. Por eso me esmeré mucho en mis estudios y en los deportes, esperando que algo me permitiera escapar de Bucaramanga, donde estas normas se sentían terriblemente asfixiantes.

II

Los dos clósets: la sexualidad y el género

Inicialmente pensé en que mi tema era que me gustaban las mujeres. Desde los cinco o seis años sentía más atracción, contemplaba más la belleza de las niñas. Lo sentía de una manera muy clara, pero rápidamente me di cuenta de que eso era mal visto, censurado por los demás. Por eso, durante años no me atreví siquiera a decir que una mujer era bonita. Mis amigos me veían como alguien muy exigente o incluso envidioso por esto. Hasta el día de hoy recuerdan que nunca salió de mi boca que otra niña fuera bonita, siempre decía que no me parecía y trataba de cambiar el tema. En el fondo, lo que había era temor a que se me notara lo mucho que me gustaban algunas de nuestras compañeras. Pensé que ese gusto por los hombres o la masculinidad llegaría en algún punto, pero mi interés romántico por la feminidad y las mujeres ha sido una constante en mi vida.

Si lo pienso, fue más más fácil para mí reconocirme como una mujer lesbiana. Aunque no se hablaba de esto con las personas que hacían parte de mi cotidianidad, sí encontraba más referentes gracias a Internet y mayor apoyo social. También, encontrar referentes y pares ha sido crucial para la supervivencia y resiliencia de los disidentes del género y la sexualidad. En mi caso, esto se marcó mucho por Internet, una tecnología que creció conmigo. Desde los catorce años me conectaba —con un ruidoso modem que dependía de la línea telefónica— a chats o a servicios de mensajería como ICQ, que a las nuevas generaciones les parecen de lo más arcaico. (*Risas*). Ahí buscaba a otras mujeres bisexuales y lesbianas en otros lugares para chatear. Fue mi forma de constatar que había más personas como yo, que no era un *alien* solitario en medio del mundo heterosexual cis conservador. También me volví muy hábil en piratear películas, series y libros de otros países por internet. Esto,

de manera muy poco eficiente, pues tenía que quemar cada archivo en un CD para verlo luego en un reproductor de DVD, pero hacía la tarea en nombre de los seres hermosos y afines que encontraba en estas series y películas. Encontré allí una línea a un nuevo mundo abierto y amigable con la diferencia que tanto necesitaba. Creo que cada generación de disidentes tiene su comunidad y sus formas de encuentro: antes eran anuncios en código en el periódico, sitios secretos de encuentro, códigos en la vestimenta... En mi caso, el primer paso fueron los lugares de encuentro virtual y páginas web con información, películas y referentes.



En esas búsquedas, las referencias a personas trans eran limitadas y muchas veces negativas. El único referente de un hombre trans que tuve por esas épocas fue Brandon Tenna, protagonista de la película *Boys don't cry*, asesinado por ser trans: una historia que sólo

Terminé en una psicóloga y me preguntó qué era la sexualidad para mí. Yo le dije que pensaba que, en el mundo, hay frascos de perfume: unos de ciertas formas y otros de otras formas, y que a mí me gustan ciertos frascos más que otros.

reforzó en mí el temor a la agresión y a la transfobia que aún está tan vigente y cobra tantas vidas. Por eso, no quise hacerme consciente, ni oír lo que estaba sucediendo con mi cuerpo, con mi expresión de género. Esta era una frontera diferente a la homosexual, un terreno mucho más audaz, y donde no se podía ocultar y jugar a la asimilación.

Muchos años viví como lesbiana en Bogotá; podía seguir ocultando, omitiendo mi vida amorosa con

mi abuela materna, una persona que me quiso mucho, pero que por su edad concebía la homosexualidad como un pecado y un acto condenable. Si así

sentía el tema lésbico, sin duda el tema trans le hubiera parecido algo mucho más aterrador, en contravía de Dios. Fui consciente de que, como persona trans, no podía jugar a la asimilación o al silencio selectivo que había tenido con mi abuela como lesbiana. No quería enfrentarme a una ruptura con ella y menos en sus últimos años, en los que lidió con cirugías y finalmente con un cáncer de páncreas. Como lesbiana podía seguir siendo la nieta juiciosa que no tiene novio y sólo trabaja, pero como hombre trans tendría necesariamente que hablar con ella y con todas las personas que me habían conocido hasta entonces para contarles sobre mi cambio de nombre, el uso de pronombres y nueva apariencia física. Un día lo describí como una homologación de vida, así se sentía. Era un paso que requería de mucha fortaleza interna, pues aún era un tema muy incomprendido e injusto con nosotres.

En ese sentido, para mí siempre había una especie de barrera con los demás, construí un mundo interno porque la mayoría de las interacciones sociales, muy afincadas en el género, me incomodaban. Odiaba oír a la gente decir: “Todas las mujeres o todos los hombres son así”, repitiendo el mandato que yo y muchos no cumplíamos. Incluso ahora, aunque en menor medida, esto me ha generado ansiedad social, dificultad para interactuar con los demás. Durante los años que viví con disforia de género más exacerbada, yo lo experimentaba como una disociación muy fuerte de mi cuerpo y mi apariencia física. La incomodidad que tenía con mi corporalidad hizo que me fuera distanciando del cuidado de mi cuerpo y de su aspecto. Pensaba que, entrenando mi mente, iba a ser capaz de sortear este mundo, mientras que mi relación con el cuerpo atravesaba una crisis constante de incomodidad y abandono. Quería creer que esas sensaciones y experiencias se irían algún día de mi cuerpo y de mi conciencia, que no tendría que darles la cara. En eso me equivoqué.

Las dos salidas del closet comparten algo. En las dos no veía salida, me sentía muy desesperanzado. En Bucaramanga intuía que algunas mujeres eran lesbianas, pero nunca lo eran abiertamente, nunca pude ver personas

como yo. En un contexto así, se siente mucho peso de no lograr ser normal, porque eso es lo que uno conoce, lo que le han dicho es lo que hay que hacer. Se requiere de mucha fuerza interna y visión crítica para superar esto. En ambos casos, en mi salida del closet como lesbiana y luego como hombre trans, lo que me llevó a hablar con otras, a tomar la decisión, fue sentirme al borde. No podía física ni emocionalmente sobrellevarlo, me estaba matando por dentro. Siempre he sido una persona muy sensible y me cuesta fingir, entonces cada día era sumamente doloroso y triste para mí.

A los dieciséis años empecé a explorar lo que sentía en cuanto a mi sexualidad, de manera consciente preferí explorar primero esto, era más asimilable. Dejé el género en el cajón del olvido. Necesitaba empezar a hablar con alguien de esas sensaciones que tenía frente a las mujeres porque ya me estaba sintiendo muy mal. Tanto actuar, tanto calcular cada movimiento, empieza a tener un peso emocional muy fuerte. Un día no pude más, reuní a mi grupo de amigos, que eran los “alternos” de mi curso, y les conté que me gustaban las mujeres en medio del llanto, porque sentía que me iba a morir si no lo hablaba con alguien. Nos pusimos a llorar juntas y me dijeron que iban a estar ahí para mí, que nada de malo tenía que me gustaran las mujeres. Cada día doy gracias de haber tenido ese tipo de amistades en el colegio, fue un oasis en medio de una sociedad tan conservadora. Muchas de mis compañeras LGBTQ no tuvieron esa fortuna y enfrentaron el matoneo muy soles.

Empecé a salir a bares gays y a conocer mujeres por Internet, todo a escondidas. En Bucaramanga, como una buena ciudad pequeña, era cuestión de minutos para que mi mamá supiera dónde estaba y con quién. No todos los encuentros que hice por esos medios fueron en buenos términos. Una de estas chicas me había amenazado con que les contaría a mis papás que yo era lesbiana si no seguía saliendo con ella, esto después de que, al conocerla, me había enterado de muchas mentiras que me había dicho. Después de semanas de presión y miedo, un día le mentí diciéndole que ya se los había

contado para que me dejara en paz. Seguí adelante con mi vida, pensando que no pasaría a mayores. Un día ella llamó a mi casa de madrugada y tuvo una conversación con mi mamá, de la que poco sé, pero que dejó a mis papás traumatizados. Nunca tuve certeza que había sido ella la que me boleteó con mis papás, pero le agradezco mucho a quien quiera que haya sido, pues me hizo un gran favor. El día después de esta llamada, mis papás me sentaron y me preguntaron si yo era bisexual. Yo les respondí que no, que era lesbiana. En primera instancia, reaccionaron como si esto fuera algo trágico, afirmaron que era una fase y que me iban a llevar al psicólogo para ayudarme a superar esa “etapa”. Yo quedé como: “¿Disculpa? ¿Una fase? ¿La persona más mari-macha del mundo que nunca ha querido nada con un hombre?”. Me río ahora y pienso: “Ni que la heterosexualidad fuera tan importante”.

Terminé en una psicóloga y me preguntó qué era la sexualidad para mí. Yo le dije que pensaba que, en el mundo, hay frascos de perfume: unos de ciertas formas y otros de otras formas, y que a mí me gustan ciertos frascos más que otros. Igual, uno se termina enamorando de la esencia, pero yo soy propense a que me gusten las mujeres. “¿Qué puedo hacer?”, le dije mientras sonreía. Tuve mucha suerte al encontrar esta psicóloga que me apoyó y que no intentó “convertirme” o “curarme” como le pasó a otros amigos, a quienes les pedían que usaran una liga en el antebrazo y se pegaran cada vez que tuvieran pensamientos homosexuales. Ella me apoyó en procesos personales, me reafirmó en la certeza de que mi sexualidad no era una enfermedad o defecto, y ayudó a mis papás a aceptar que me gustaban las mujeres. Les dio duro los primeros años, pero al final lo terminaron asumiendo, era parte de quien yo era.

Hay quienes piensan que los hombres trans no nos pudimos aceptar como lesbianas y por eso hacemos un tránsito y cambiamos nuestros pronombres y cuerpos. Mi historia contradice totalmente esta idea. Primero, fui muy abierto con mi sexualidad. Si bien obviamente enfrenté discriminación

y exclusión como una lesbiana machorra, sentía mucho más apoyo social sobre estos temas. Las agendas políticas en pro de la homosexualidad eran más fuertes, y eso me permitió pararme con mayor confianza y sentirme orgullosa de ser una lesbiana. También considero que detrás de esa tergiversación de la imposibilidad de los hombres trans de reconocerse como lesbianas, también se asume erróneamente que todas las personas trans somos heterosexuales. Conozco muchos compañeros que incluso tenían dificultad para reconocer su identidad de género porque en principio eran heterosexuales. Insisto mucho en que una cosa es el género —cómo me siento con mi cuerpo— y otra la sexualidad —quién me atrae—. Asumir que tener un género masculino o femenino de inmediato supone la heterosexualidad es algo que debemos cuestionar tanto para personas cis como para personas trans.

III

Miedo y desesperanza

Llegué a estudiar a Bogotá pensando que ya tenía todo resuelto, sintiéndome más ligere y libre en un lugar donde nadie me conocía. Este momento marcó una nueva forma de asumirme como persona. Sentí que la prioridad era mi voz interna, mis capacidades y prácticas conscientes. Decidí que sería la más lesbiana de todas, ya no tenía que ocultarme en mi nueva vida en la gran ciudad. Disfruté mucho cortándome el pelo muy corto, primero una cresta, luego rapado. Eso siempre escandalizaba a la familia cuando iba de visita. “Pero el pelo crece, no es para tanto”, decía yo. Hubo mucha alegría en no ocultarme, en vestirme como quería y presentarme como quería. Ya en ese entonces tenía problemas en los baños públicos, me sacaban o me miraban mal porque me veía como un jovencito. Eso nunca cambió a través de los años.

Tuve más oportunidades de conocer otras mujeres lesbianas tanto en la universidad como en bares y cafés. En esa época tuve relaciones y encuentros con mujeres que me gustaban mucho. Siempre me sorprendió cómo sintiéndome tan inadecuado con mi físico, lograba estar con personas que me gustaban tanto y que a mis ojos eran muy bellas por dentro y por fuera. No me creía muchas de las cosas que me pasaban, también estaba muy acostumbrado a ser poco atractivo, como se me había leído en Bucaramanga desde la mirada hetero. Disfruté mucho esta etapa, me liberó internamente.

Sin embargo, hubo siempre una incomodidad en estos momentos que nunca pude solventar con mi cuerpo, con asumirme como mujer lesbiana, por más machorra que fuera, que no terminé de resolver entonces. Me encantaban estas personas, pero, en lo sexual, me gustaba más dar placer que recibirlo. Esto era porque no me sentía bien con mi cuerpo y había algo que no podía controlar y hacía que alcanzar un orgasmo fuera muy difícil. Muchos años pensé que las cosas eran así, que así era mi cuerpo. Me llenaba de mucha frustración y ansiedad, en algunos casos empezaba a evitar el sexo. En un punto pensé que sentir lo que yo sentía con mi cuerpo y la aversión a verme o a relacionarme sexualmente con otras personas era algo que no se iba a ir y con lo que tenía que aprender a vivir.

No me sentía cómodo con mi cuerpo no sólo en lo sexual, sino también en mi presencia y cotidianidad. Con los años la sensación se intensificó. Eso ya era un indicador de que algo andaba mal con mi cuerpo, pero no lograba saber por dónde empezar a explorar esto. Lo que me hizo llegar al punto de quiebre fue eso, ya no valía la pena seguir intentándolo cuando ya había muchas cosas que apuntaban a que me podía dar un chance de sentirme mejor con mi imagen y a nivel sexual.

Tenía 22 años cuando vi por primera vez a un hombre trans en televisión. Transmitían el documental de un hombre trans embarazado y él hablaba de sus cambios corporales y de su vida de pareja. Para ese entonces, yo te-

nía una novia y las dos éramos muy activas en temas de género y sexualidad. Algo se iluminó dentro de mí y vi en la terapia hormonal una posibilidad de sentirme más cómodo con mi cuerpo, desde lo sexual a la autoimagen. Me había rendido con este tema, pensando que tendría que acostumbrarme a vivir con esa insatisfacción y todas esas dificultades con mi cuerpo e identidad. Es algo difícil de poner en palabras, pero a pesar de mucha terapia y reflexiones seguía siendo el tema que más me generaba dificultades y tristeza. Ver a este hombre trans, con su familia, trabajo y mayor bienestar corporal fue un momento de lucidez en mi vida, una oportunidad de explorar y curar muchos de mis problemas internos.

Tras terminar de ver el documental, decidí abrirme con ella. Tenía mucho miedo de su reacción, para entonces aún éste era un tema tabú en Colombia, incluso para dos lesbianas activistas como ella y yo. Como tenía temor de su reacción, se lo dije, no como una certeza, sino como una posibilidad: “¿Qué pensarías si yo decido tomar hormonas, hacer una transición?”. Se sorprendió mucho y fue sincera: dijo que podríamos ser amigos, pero que ella quería salir con una mujer. Así nos habíamos conocido y estaba en todo su derecho de pensar de esa manera. Sin embargo, después de ese día no logré volver a conectarme con ella, eso generó distancia de mi parte. En el fondo yo sabía que quería darle un chance a reconocerse como un hombre trans. Terminé esa relación semanas después con excusas tontas que terminaron por hacerle más daño.

No salí de esta relación en 2008 para comenzar mi terapia de transición de inmediato. Estaba recién graduado de la universidad y aún no tenía una estabilidad económica y laboral. Pasaron siete largos años de una depresión constante y sostenida después de esta confesión. En retrospectiva, no entiendo por qué tardé tanto en tomar la decisión. Siempre es más fácil mirar por el retrovisor. Al comienzo de la transición me lo recriminé mucho, sentía que había perdido años en los que me pude haber sentido mejor, más cómodo.

Había culpabilidad por algo que yo percibía como debilidad, incapacidad de cuidarme y buscar mi bienestar. Con la distancia de los años y la ayuda de la terapia es más fácil recordar que en ese momento el miedo era intenso, a veces insoportable. Lo he oído de boca de varias personas trans. Nunca pensé que llegaría un día donde me sentiría cómodo con mi manera de presentarme en el mundo y experimentar mi cuerpo. En ese entonces, era más fácil pensar en quedarme inconforme con mi cuerpo, desconectado, que asumir todo lo que implicaba un cambio de género e identidad. En esos años era más factible para mí pensar en quitarme la vida que pensar en que era viable ser trans y feliz.

Años antes de tomar la decisión, mi mamá me contó que había ido a una reunión con amigos de la familia y que había asistido una mujer trans. Estaba muy exaltada de que hubiera ido a la fiesta y vestida de mujer. Yo le dije que ella se sentía así, que cuál era el problema. Luego mi mamá me dijo que una cosa era ser gay, pero otra muy distinta ser trans, dejando claro que podría aceptar más fácilmente la primera que la segunda. Estos rechazos de mi entorno más cercano fundaron en mí un miedo que me dejó claro que, incluso quienes yo creía que me amaban más, podían darme la espalda si tomaba la decisión de transitar entre géneros.

Por fuera podrías no haberlo notado. Era muy active políticamente como lesbiana, feminista y cuir. Creía en la aceptación radical de los procesos del otre, de su construcción identitaria. Era alguien que hablaba y estudiaba sobre género y sexualidad con rigurosidad, pero aún no había podido darles la cara a mis propios temas con uno de estos dos asuntos. Fui tan machorra como pude sin abandonar la categoría de mujer, en parte impulsado por conversaciones con algunas de mis profesoras feministas. Era una de las cabezas visibles del círculo de participación LGBTQ+ de la universidad. Hice una maestría que giraba en torno a estos temas. A pesar de todo esto, persistía el miedo. El miedo terrible al rechazo, a romper lazos con la familia y con amigas, a que todo lo



que había construido en mi vida fuera a desbaratarse por esta decisión. Era muy duro de tomar porque en el fondo sabía que no quería sufrir más y vivir una vida ocultándome y negándome.

La crisis en la que estaba me hizo dejar la maestría por un tiempo. Ya sabía que no quería dedicarme a la academia, esperaba poder hablar de género y sexualidad sin tener que estar hablando en un lenguaje reservado para unos pocos. No porque no reconozca su importancia, pero creía que este tema era necesario hablarlo en términos que aceleraran transformaciones y conciencia en la cotidianidad, en la sociedad de manera masiva. Decidí que iba a tomarme un semestre para hacer una práctica agrícola en California para asumir un camino distinto para mi vida. Quería estar en un lugar libre de toda influencia externa, en una comunidad donde lo único que importaba era lo que aportaba, lo que construía con mis manos diariamente. Cultivaba a diario en largas jornadas de mucha actividad física y luego comía los alimentos que producía. Mi cuerpo se transformó con estas nuevas actividades y formas de alimentación. Estos seis meses en una comunidad agrícola y de crecimiento personal fueron trascendentales para mí, volví a Colombia con la convicción de no posergar mi transición más, de no seguir ocultando mis necesidades e identidad.

Era consciente de que lo primero que para poder hacer el tránsito necesitaba tener una solidez financiera y profesional, tener mis ahorros y seguridad. No podía depender de nadie económicamente si esperaba asumir plenamente esta decisión. Inicé un proyecto con mi novia en ese instante y empecé a consolidar mi independencia económica. Pensé que ella era la persona con la que podía tener una relación a largo plazo. Ella sabía cómo me sentía, en nuestra casa me trataba con pronombres masculinos, conocía mi determinación de comenzar la transición lo antes posible. Justo un mes antes de decirles a mis papás y a personas cercanas sobre mi transición, ella decidió terminar la relación. Vivíamos juntos, teníamos una perrita, una empresa pequeña. Luego me enteré de que todo esto había sido por otra persona, por

la misma persona de la que ya me había separado años atrás. La vida se me derrumbó, nunca había sentido un dolor tan grande. Estos eventos terminaron siendo un regalo porque me di cuenta de que, si podía superar eso, podría manejar cualquier situación que la vida me pusiera en frente.

Y así, sin el apoyo emocional de mi pareja, con la estabilidad económica a medias, fue que decidí escribirles una carta a mis papás. Por sugerencia de una amiga trans mayor, en ese texto les dejé claro que mi decisión ya estaba tomada, que les quería informar y ellos podían decidir si me acompañaban o no. No escribía para pedir permiso, escribía para participarles de mi decisión. Decidieron apoyarme, a pesar de lo difícil que esto podía resultarles. En la carta fui muy claro en hablar de las dificultades y dolor que todo esto me había causado por años. Creo que esto fue lo más importante para ellos, reconocer que detrás de mi decisión había una búsqueda de bienestar. Entonces, engañado, entusado, pero a la vez fortalecido y con la certeza de que contaba con mi familia y amigos, inicié mi tránsito.

Durante dos años estuve reencontrándome. El proceso fue como una segunda adolescencia. Con el tratamiento con hormonas tuve que redescubrir mi cuerpo, volver a disfrutar de la experiencia estética de vestirme y presentarme, sanar la forma en que me percibía y sentía. Había pasado tanto tiempo pensando que era imposible vivir plenamente, que estaba maravillado por esta una nueva oportunidad de vivir. Antes de empezar mi proceso, todos los días en la parte de atrás de mi cabeza me hacían ruido mis incomodidades con mi expresión de género y cuerpo. Era una lucha interna de saber que había una necesidad y un deseo, pero no quererle dar la cara por miedo a lo que eso implicaba socialmente. Sólo unos meses después de comenzar mi tránsito y de hablar del tema públicamente, esos pensamientos se habían disipado. Aunque aún vuelven de vez en cuando en nuevas formas, dejaron de ser esa sombra que velaba mis días.

IV

Un llamado a la autonomía corporal

En mi niñez me identificaba más como una persona no binaria o como algo intermedio porque, si bien no podía ser niño, tampoco cumplía con lo que se esperaba de la identidad niña. En ese momento no existía el lenguaje inclusivo, pero en retrospectiva siento que era andrógino. Después, como lesbiana machorra, también estaba ese tema porque, como tal, no era leído como mujer, por lo que parecía un hombre o una persona muy andrógina. Por eso uso la “e” para hablar de mi vida antes de la transición. Con el tránsito es cuando ya puedo identificarme con los pronombres masculinos, que son con los que me siento más cómodo ahora. Es complejo: tomo la decisión de ser reconocido con pronombres masculinos en un mundo como en el que vivimos, donde el género sigue operando, porque es con lo que me siento más cómodo, pero personalmente sí me siento más como una persona intermedia o no binaria. Muchas personas trans, no todas, lo dicen: “Yo realmente no quepo en el binario hombre-mujer porque no soy eso mismo que un hombre cis ni tampoco soy mujer cis. Soy una de las otras múltiples opciones de cuerpos e identidades que podemos experimentar como seres humanos”.

Para mí, ser trans es romper el binario de género, experimentar con el cuerpo, la identidad, el ser desde un lugar consciente y de sintonía consigo mismo. Cuando las personas trans empezamos a hacer visibles nuestros deseos y cambios, se asume que deberíamos ir de un lado a otro del género de forma absoluta y lineal como si la intención fuera no “confundir” a nadie. Alguien como yo debería asumir el rol de un hombre tradicional, dejar intactas las dos casillas exclusivas. Recuerdo a ciertos hombres de mi ciudad o a mi mamá asumiendo que con este cambio yo iba a asumir actitudes y posturas machistas. Yo les respondía: “Ese no soy yo, para mí no se trata de eso”. La experiencia con el cuerpo y la identidad de género de una persona trans se

reduce a una serie de requisitos determinadas por otros: todas las cirugías, tomar hormonas, ser heterosexual y comportarme como un macho o hembra hegemónico. (*Risas*). Es absurdo, si uno lo piensa es caer de nuevo en la diferencia sexual, dejarla intacta. Yo no quiero ser domesticado como persona trans dentro de esa diferencia, legitimarme asumiendo la identidad de macho que tanto he cuestionado. Para mí este proceso no se trató del deseo de convertirme en un hombre opresivo y violento, o de asumir cambios físicos por lo que piensen los demás. Para mí ser trans es una salida a las expectativas del género. Es vivir el género, el cuerpo y la identidad más en sintonía con lo que surge de mí, con el sentido que le doy a la vida y como experimento mi cuerpo. Hay diversas maneras de vivir y hacer sentido de nuestros cuerpos e identidades, y no somos nadie para prescribir eso en los otros.

Cuando se habla del cuerpo equivocado, de “nacer en el cuerpo equivocado”, a mí no me gusta pensarlo de esa manera, yo no lo vivo así. Mi cuerpo no está equivocado, no hay uno correcto y uno equivocado, hay uno mío y uno tuyo. Mirarlo como correcto o incorrecto es caer de nuevo en la mirada de solo dos opciones. No pienso que tuviese que pasar de una mujer esencial a un hombre esencial, de hecho, yo no creo en esa separación meramente genital porque no corresponde con los múltiples cuerpos y géneros que hay. Por ejemplo, eso deja de lado no sólo a personas trans, sino también a personas intesexuales y a no binarias. Por eso, ser trans es una búsqueda, es experimentar y es un llamado a la autonomía corporal y social. Yo no quiero ni pretendo ser un hombre hegemónico, no quiero caber en una identidad limitante y opresiva con otros y conmigo. Quiero sentirme mejor con las decisiones conscientes que me construyen en mi cotidianidad. El género binario, hombre-mujer, sólo limita a las personas y oculta la diversidad de nuestras prácticas. Prefiero un mundo de diversidad donde todos los cuerpos sean sujetos políticos, sin marcas sobre la raza, la capacidad, la nacionalidad, la sexualidad, el género y demás. Cada uno es un ser humano muy diverso y debe ser respetado sin importar estas diferencias que nos constituyen.



Nuestra agenda política no es la uniformidad, lo que cuestionamos es esa uniformidad y universalización de la experiencia humana.

Este proceso me ha servido para ver que cada uno tiene su camino, y que sólo quien lo vive y lo atraviesa, lo entiende y le da sentido. Como Siddharta le dijo a Buda en la novela de Hesse: “Puede que tengas razón, pero déjame experimentarlo”. Vivir este proceso y sentir los juicios ajenos me hizo un ser humano más compasivo y empático. Somos responsables de tomar decisiones y de guiarnos desde donde estamos y con los recursos que contamos. Creo en la potestad de cada uno sobre su identidad y género. No creo que todas las personas trans necesiten hormonas, ni que las personas trans deban realizarse todas las cirugías de reafirmación para “completar” la transición. La experiencia propia de cada persona trans no debe ser impuesta indiferentemente a todas las personas, desde el movimiento se habla mucho de que no somos un monolito. Nuestra agenda política no es la uniformidad, todo lo contrario: lo que cuestionamos es esa uniformidad y universalización de la experiencia humana. Nuestra agenda es el reconocimiento y celebración de la multiplicidad. Lo que sí es importante es saber, tener muy claro, que todas las personas trans, intersexuales, no binarias o con géneros diversos son sujetos de derechos y hacen parte de nuestras comunidades, que tienen los mismos derechos que los demás. Esos son los ejes de mis posturas y del mundo al que le apuesto.

Se debe buscar que la experiencia de cada uno le permita asumir qué cambios o modificaciones le hacen sentir cómodo con su cuerpo y su identidad. Antes, los manuales médicos solían decir que para que una persona fuera considerada “verdaderamente” trans debía cumplir una serie de requisitos y

someterse a una lista de procedimientos para entrar dentro de la categoría plenamente. Me da risa sólo pensarlo porque eran criterios de hombres cis blancos, muy alejados de las realidades de nuestros cuerpos y vidas. También me da risa porque rápidamente los protocolos, que daban acceso a tratamientos y acompañamiento, fueron rotados por las personas trans. El equipo de Harry Benjamin pensó que habían sido muy acertados, sin saber que nosotres jugábamos a ser lo que ellos querían. Las cosas han cambiado y por eso ya no asumimos que hay que pasar de F a M o al revés, sin desestabilizar mucho las normas de género. La libertad de poder definir y expresar el género y la identidad sin tener que cumplir una serie de prerequisites es precisamente el vuelco sobre las imposiciones sociales frente a la identidad de la que nos deberíamos liberar. Y como lo han dicho les activistes, no sólo lo hacemos por nosotres, lo hacemos por todes, es una revolución para todos los cuerpos. Porque aunque las personas trans o disidentes de género lo vivimos con más intensidad, la jerarquía hombre y mujer con sus restricciones sociales limita a todes en esta sociedad, de diferentes maneras, pero involucra a la totalidad de la población.

Hay un discurso de Angela Davis que me ha acompañado en este proceso. Tras preguntarse por años por qué se había volcado al activismo, termina por concluir que no era una opción no ser política y activista: debía reivindicar su humanidad para poder vivir, siendo una mujer negra y comunista en los años sesenta en los Estados Unidos. Yo siento que las personas trans tampoco tenemos esta opción, ese lujo que se pueden dar quienes no quiebran la normalidad. En mi caso, primero como lesbiana machorra y luego como persona trans, me hice un lugar en el mundo, en uno que condenaba lo que yo representaba por el hecho de existir y presentarme ante los demás. Eso me llevó a un camino político y de apuestas frente a los temas trans e identitarios, en pro de la disidencia de género y la aceptación de la sexualidad en todas sus expresiones. No podía ponerme la venda de la diferencia sexual porque mi

cuerpo y experiencias me apuntaban a mi imposibilidad de seguir estas reglas dadas por sentado. Mi experiencia vital me impulsaba a derribar los obstáculos del guion de género: el destino que se quería trazar como definitorio y cerrado a partir de mi genitalidad.

V

Ser amado como una persona trans

El amor y lo romántico fueron algo muy ajeno a mi vida por años. Mi primer beso probablemente fue a los 16 años y no con una mujer, como yo quería. Recuerdo esa experiencia con mucha claridad porque fue una confirmación de que no quería hacerlo y de que no iba a funcionar en contra de mis deseos para evitarme problemas con los demás. Como niño crecí pensando que no era atractivo, que personas como yo no somos referentes amorosos de otros. También fui muy consciente de la falta de parejas o referentes de mujeres lesbianas, al menos de manera visible. De pequeño pensaba que sería solterero siempre. Por eso cuando salían con ese agujero de no le barras los pies porque se queda soltera, yo corría a que me barrieran los pies. Nunca aspiré a casarme con un hombre, ser una buena esposa.

Cuando tomé la decisión de comenzar mi transición e identidad como Simón, comenzaba una nueva vida en todo sentido, y eso implicaba conocer nuevas personas y, en el proceso, contarles quién era. Sabía que para algunas, como ya lo había oído y experimentado en el pasado, esto supondría una limitación. Una parte de mí pensaba que era muy difícil lograr conocer a alguien que me gustara y quisiera estar con un hombre trans. Aún las personas trans no somos un referente amoroso para muchas personas y menos en Colombia. Esto se alimenta por el rechazo y los tabúes frente a nuestras vidas. La ma-



yoría de mujeres con las que salí o conocí en esa época cambiaron de manera muy radical sus gestos y actitudes cuando les conté que era un hombre trans. Existen muchas confusiones sobre el tema, hay quienes piensan que estar con una mujer trans te vuelve gay o que una mujer que esté conmigo es lesbiana. Eso es absurdo y desconoce totalmente la identidad de las personas trans.

El primer año fue muy duro, una prueba. Por momentos me sentía abrumado por esta nueva realidad y sentía que esto me aislaba. Me daba tristeza pensar que, cuando por fin me sentía más a gusto con mi cuerpo, no lograba entablar conexiones amorosas. Un día dejé de pelear con esas ideas, comencé incluso a verlo como algo positivo. Sabía que la persona con la que quisiera salir y que respetara y reconociera el ser trans como algo positivo, me garantizaría una unión con alguien por amor y respeto. Ya sabía cómo se sentía una

vida en paz con las decisiones y maneras en las que vivía, y por más que fuera duro tener que esperar para experimentar el amor desde ese nuevo lugar de bienestar, valía la pena. Tenía claro que, si no me sentía a gusto y en paz conmigo, no podría estar feliz con otra persona, ya lo había vivido. Mientras alguien aparecía, iba a disfrutar lo que había alcanzado: plenitud con mi cuerpo y mayor tranquilidad con mi identidad. En este periodo fortalecí mucho mis relaciones de amistad y los proyectos e intereses que me llenaban.

La atracción pasa, nos sorprende muchas veces. Supera las categorías que nos imponemos. No son procesos forzados, son muy espontáneos. Por eso me da risa que la gente hable de un complot de conversión a homosexual o trans. Más bien, nos quieren obligar a todos a ser heterosexuales y cis, y por eso es que la gente se reprime más si tienen pensamientos o deseos que salgan de esa idea de hombre y mujer en matrimonio monogámico y procreativo. Como afirmó el sexólogo Kinsey hace años, la gran mayoría de la población se ubica en un espectro pansexual, muy pocos son exclusivamente homosexuales o heterosexuales durante toda su vida. En términos sencillos, siempre le he insistido a la gente que si lo sienten, que si les nace el amor o la atracción hacia una persona, sin importar su género, vale la pena darse la oportunidad.

Después de varios desencuentros, incluso con algunas mujeres del pasado, empecé a ver que el tema del amor requería paciencia, que no había garantías de cuándo sucedería. Fue en ese contexto de entrega, de haber soltado las expectativas, que me reencontré con una de mis mejores amigas. Ella decidió venir a visitarme porque otro amigo le había contado que esos años habían sido muy duros para mí. Siempre me había atraído físicamente y como persona, pero las cosas no habían pasado a más que un par de besos. Años atrás ella fue una de las primeras personas con las que hablé de mis deseos de transición; éramos y somos muy afines, sobre todo en el humor y la incondicionalidad que nos habían unido en esos diez años de amistad. Todo

esto se dio desde la distancia porque ella se había exiliado hacía unos años en Canadá. Nos fuimos convirtiendo en un pilar el uno para el otro.

A pesar de mi atracción por Catalina, para nuestro encuentro en el 2016 yo ya había renunciado a tener algo amoroso con ella. En ese momento ella tenía una relación y ya habíamos pasado varias veces por momentos de ilusión que luego se desvanecían por la distancia. En ese viaje, ella dice haber visto con claridad que estaba enamorada de mí y que lo que teníamos era algo especial. Yo, con ciertas heridas, me tardé en confiar, pero finalmente tomamos la decisión de reunirnos en Canadá, donde ella vivía, para ver cómo nos iba. Dos años después, de nuevo en Colombia, decidimos casarnos.

Me sana tener la posibilidad de compartir mi vida con una persona que me ve por lo que soy y que, más que ver un problema en que sea trans, reconoce que ésa es mi vida y me hace la persona que soy. Como una persona pansexual, Catalina veía más allá de mi género y me ama por la persona que eso hace de mí, un hombre trans consciente del sexismo y la opresión de género. Decidimos casarnos en un ritual acordado por nosotros como un acto político de posibilidad de un amor como el nuestro, que rompe las barreras tradicionales de género. Fue un evento muy importante para nuestros amigos y allegados, una celebración muy diversa. Había invitades con todo tipo de géneros, sexualidades, creencias y demás. Un amigo gay de una generación mayor estaba muy feliz y conmovido, había regresado a Colombia para vivir algo que nunca pensó: un matrimonio donde se celebraba abiertamente el amor y la diversidad sexual y de género entre un hombre trans y una mujer pansexual.

Hay mucha potencia y transformación en amarse y ser amado siendo una persona trans, es una herramienta que tenemos para darle la vuelta a la incomprensión e injusticia que recibimos. Ser amado y amar como una persona trans es mostrar nuestro valor y lugar como seres humanos, y no sólo en pareja, sino también con nuestras familias escogidas y con la comunidad.

Y así, poco a poco pero con mucha fuerza, más familias, parejas y amigos comparten y construyen con nosotros. Une a une mostramos que nuestras vidas son tan potentes y valiosas como la de cualquiera.

VI

No hay nada que compensar

Con mi decisión de hacer una transición de género y reconocirme como una persona trans, empecé a cuestionar algo que hice por años para blindar las decisiones que tomaba para mi vida. Como mujer lesbiana y machorra, compensaba de manera no consciente mi “defecto”, mi “desviación” de la norma, tratando de ser excelente en todo lo que hacía. Podrían decir que era lesbiana machorra porque no me acomodaba a la expresión de género dominante para una mujer, pero era inteligente y exitosa. En ese proceso, asumía que era defectuosa; pensé eso por muchos años. Sentía que debía compensar esto siendo sobresaliente para blindarme del reproche ajeno. Con el tiempo y la reflexión entendí que ésta no debería ser la motivación de mis decisiones y proyectos. Sé que a muchos disidentes del género y la sexualidad les pasa esto con sus familias y entornos, incluso si estudiamos estos temas a fondo. No deberíamos compensar nada, no deberíamos exigirnos más para ser valorados porque nuestro género o sexualidad no es un defecto sino parte de quienes somos.

Me tomó mucho tiempo entender que esa primera identidad y nombre tienen una historia con heridas muy fuertes, eso también es parte de mí y de quién soy ahora. No puedo negar que en ese pasado hay dolor, que incluso recuerdo muy poco porque con el tiempo he sido consciente de que para sobrellevar mis circunstancias viví una especie de disociación. Hice lo que

mejor pude durante esos años a pesar de la dificultad que suponía vivir limitado y triste. Pero no se deja de ser, no me morí, no se borró todo lo que viví esos años. Algunas personas me dijeron que esta decisión suponía un duelo para ellos, que esa parte de mí había muerto. Desde mi punto de vista, lo que hay es un duelo de la diferencia sexual y de sus expectativas, y no de mi ser, de quién soy. Antes de poder asumir mi vida de manera plena como una persona trans era un muerto viviente: más muerto estaba cuando tenía que fingir ser lo que no era y vivir desesperado por ello. Todo lo que viví como niño ambigüe y mujer lesbiana está dentro de mí, y ahora se manifiesta en formas más integradas y conscientes en esta identidad transmasculina en la que me siento más pleno. Ni porque quisiera, como dice Paul B. Preciado, podría ser el macho cabrío, opresor y patriarcal: no fui socializado para serlo y no podría serlo por mis convicciones políticas.

De hecho, con el proceso hormonal y social de aceptación de quien era, a diferencia de los miedos de algunas personas, me convertí en un ser más calmado y no en una persona violenta o machista como ellos asumían. Y creo que eso sucedió porque me permitió estar más a gusto con mi identidad y con mi forma de interactuar con los demás y presentarme en el mundo. Vale la pena cada día haber tomado la decisión de buscar mi bienestar, recibir terapia psicológica y hormonal. Ahora tengo un punto de partida: estar más cómodo con mi cuerpo, con mi identidad, con cómo habito y me presento en el mundo. Ya no siento la necesidad permanente de validarme siendo sobresaliente en cada aspecto y campo en el que me muevo. Sé y soy consciente de mi valor, y espero que todos aquellos disidentes de la sexualidad y el género sepan que no es necesario compensar para ser valorados. Nosotres somos tan válidos como cualquier ser humano y tenemos derecho a vivir nuestra identidad plenamente, podemos ser con nuestros defectos y fortalezas sin tener que ser invencibles o mejores.

VII

Desasosiego y gozo

En mi cuerpo y vida coexisten la dificultad y la bondad de liberarse de estas imposiciones. Mi activismo es limitado, he sido conferencista en espacios muy puntuales. Hay muchas personas trans que están dedicadas de lleno a estas labores y las admiro profundamente, considero que tienen una fuerza y entereza increíble. Lo digo porque en ocasiones me siento saturado y lleno de desasosiego por las problemáticas que aún enfrentamos las personas trans en nuestro país y en el mundo. Lastimosamente ser un disidente de género sigue siendo un reto diario y nos hace propensos a mayor violencia y marginalización. En muchos espacios, se condena ser disidente de género cuando lo condenable deberían ser las injusticias que se cometen contra las personas trans, intersex y las no binarias. En los últimos años, los asesinatos de personas trans en todo el territorio nacional y países latinoamericanos estremecen a nuestra comunidad: cuando uno muere y es violentado, somos todos en potencia. Es muy fuerte lidiar con la consciencia de que vives en un lugar donde en gran medida no se respeta y cuida a quienes son como tú.

La violencia física o el asesinato no es lo único que nos preocupa. La discriminación es permanente desde lo educativo, laboral, familiar y demás. Se nos juzga como enfermos mentales o como personas inferiores, pero no hay un reconocimiento de que muchas de las situaciones precarias y problemáticas que vivimos son producto de comunidades que incentivan nuestra exclusión de todos estos espacios. La realidad de muchos es tener que empezar una vida de cero por falta de apoyo familiar y social. Por ello enfatizamos tanto que hay altos índices de suicidio en nuestra comunidad así como una baja expectativa de vida. No se trata de que haya algo en ser trans, en términos biológicos o genéticos, que nos lleve a estas situaciones, sino más bien

una sociedad que sigue promoviendo la discriminación y el hostigamiento de quienes cuestionamos el género tradicional.

Lidiar con trámites, cambio de nombre y componente sexo, como le dicen acá, en las diferentes bases de datos e instituciones, enfrentar recurrentes preguntas, negativas y comentarios peyorativos de la gente se vuelve desgastante. En cada entidad, con cada institución, hay que enfrentar constantemente cuestionamientos o trabas burocráticas que dificultan mucho el proceso y que pueden terminar en agotamiento emocional o en una renuncia a hacer los cambios para poder asumir plenamente la nueva identidad. Pareciera que cada persona en las ventanillas, cada figura de autoridad, fuera un experto dispuesto a aconsejar sobre cómo deben vivir su cuerpo y sexualidad las demás personas. He tenido que enfrentar acusaciones de suplantación de identidad desde supermercados hasta la policía, incluso años después de mi cambio de nombre. Al saber que soy trans, es muy común que las personas se nieguen a usar pronombres con los que no me identifico. También he tenido discusiones con ciertos médicos en las que pido un trato digno y oportuno ajustado a las necesidades de las personas trans, no patologizante ni denigrante. Esto es solo un poco de lo que tenemos que vivir, a lo que decidimos ponerle el pecho todos los días para ser quienes somos.

El año que acaba de pasar (2020) fue particularmente duro emocionalmente para mí. Cuando tomé la decisión de comenzar mi transición sabía que no sería un camino fácil, pero veía avances que me daban algo de tranquilidad y esperanza en el futuro. Sin embargo, la intensificación de discursos antiderechos por parte de gobiernos y de grupos conservadores e incluso de mujeres cis que se consideran feministas, pero promulgan la violencia verbal, medidas restrictivas y patologizantes sobre nuestras vidas, es una realidad que a diario alimenta los discursos y prácticas que ya acaban con muchas vidas trans y no binarias. Estoy cansando, y creo que muchos de mis compañeres lo están, de tener que reclamar mis derechos básicos y la potes-

tad sobre mi identidad a diario. Estamos cansades de seguir denunciando los asesinatos de compañeras, compañeres y compañeros, la mayoría de los cuales siguen en la impunidad.

Hablar de mí como una persona trans es una política de visibilización, pero a la vez supone una exposición y escrutinio de mis decisiones y vida. Lo que me resulta más triste e injusto es que gran parte de los “argumentos” de estas personas son tergiversaciones malintencionadas que poco o nada tienen en cuenta quiénes somos. Lo que para nosotres es bienestar y reconocimiento de nuestra identidad, para ellos es un ejercicio filosófico o argumentativo, donde nuestras voces no son válidas y son colonizadas por las proyecciones y fantasías sociales de los antiderechos. Nos acusan incluso de ser peones de un mundo patriarcal que busca borrar a las mujeres, desconociendo que ese mundo patriarcal nos agrede y nos violenta de formas visibles día a día en números alarmantes. Somos una población muy pequeña a nivel mundial, no superamos el 2%, pero los números de personas trans asesinadas muestran la sevicia y el ensañamiento. Por pura y simple protección he decidido no entrar en estos debates, donde además sé que como persona trans llevo todas las de perder frente a una sociedad cis que más fácilmente aprueba esos discursos de odio que llevan siglos cimentándose para excluirme.

Creo que es humano sentirse cansade y desesperanzade a veces. He aprendido a ser más comprensivo con estos procesos. A la vez, no olvido la belleza que hay en la vida que decidí tomar, la vitalidad que ahora me invade. No se puede negar que las circunstancias son adversas por todo lo que acabo de exponer, siguen existiendo herramientas de castigo y refuerzo de la norma sobre nuestros cuerpos y vidas. Pero la resiliencia y recursividad de les disidentes de género, personas trans, intersex y no binarias, no debe ser subestimada. Hemos creado, sobrevivido y gozado a pesar de la invisibilización histórica de nuestro conocimiento y experiencias y de la violencia que se ejerce sobre nosotres. El contrapeso de las vidas disidentes que se unen en

torno a organizaciones, proyectos, libros y comunidades no será fácilmente extinguido, y cada vez toma más fuerza.

VIII

Siempre hemos estado y seguiremos aquí

Intenté durante veintinueve años cumplir con el género con el que me asignaron al nacer y todas las imposiciones que eso implica y no logré estar en paz. No disfrutaba del todo la vida, la socialización, mi cuerpo, el amor, el sexo. No ser sincero con mi expresión, con mis necesidades corporales y mentales me alejó de los demás y de mí mismo. No quiero que las personas trans intenten ignorar su voz interna y llamado de bienestar por años, todo esto en contra de sí mismas. Es muy doloroso, lo viví en carne propia y me llevó a una depresión sostenida y mucha desesperanza. Por más que lo ignorara, era una fuente constante de insatisfacción y tristeza, ese sentirme atrapado en una identidad que no era genuina con lo que brotaba de mí.

Tengo una prima trans y me hace muy feliz haber contribuido a que ella empezara su proceso más joven y con el apoyo de su familia. Cuando pienso en eso, por alguna razón me siento mejor con el sufrimiento que tengo de mis años intentando ignorar llamados internos por el miedo y los obstáculos que como sociedad se imponen sobre quienes somos diferentes. Esta es la importancia de nuestros relatos en todos sus formatos: vernos reflejados en otros y saber que hay posibilidad de vivir fuera de la asfixiante norma de la diferencia sexual.

Mi historia es una en medio de una multitud de experiencias trans y de diversidad de género, pero cada una de estas vidas aporta a nuestro tejido y representa la posibilidad de estar aquí y reclamar nuestra humanidad y digni-

dad. Mi travesía de género ha sido acompañada por mi familia y amigos cercanos. Este apoyo ha sido fundamental y cada uno de ellos ha debido hablar con sus propias familias y allegados sobre mis nuevos pronombres y nombre. Ha sido un proceso de aprendizaje para ellos y para mí, para nuestra comunidad. Cuando pienso en esto, recuerdo un encuentro con la académica trans Raewyn Connell en el que ella dijo que la labor de activismo más importante que teníamos cada uno de nosotros era mostrar que éramos personas de carne y hueso, no animales mitológicos. A través de mi proceso, el de mi familia y amigos, otras personas han aprendido más sobre el tema trans —se van diluyendo los tabúes—. En los últimos años, he hablado con varias familias y chiques trans de mi ciudad que comienzan su proceso más temprano y con mayor apertura de su entorno.

Mi *transvesía* también se ha dado de la mano de la compañía presencial y a la distancia de múltiples personas trans, no binarias e intersex en documentales, películas, libros, música, investigaciones, organizaciones e iniciativas. Sigo sintiendo la misma emoción cuando leo o veo a personas trans que se han hecho un lugar en el mundo a pesar de la adversidad: personas que construyen una vida más viable para las nuevas generaciones. En un mundo que ha querido ocultar que es posible ser trans o disidente de género, verme reflejado, sentirme representado por otros, es un acto sumamente transformador y poderoso por el que seguiremos abogando. Con ellos encontré palabras para entender lo que reprimí por miedo, todo lo que no veía posible por falta de referentes. Gracias a tantos que han resistido, amado y soñado por todos los que vienen. Gracias a este legado de la disidencia de género hoy estoy aquí.

Laura Frida Weinstein

In memoriam

Foto: Andrés Camilo Gómez para Sentiido



El 2 de enero de 2021, mientras terminábamos de escribir estos testimonios, falleció la directora ejecutiva de la fundación GAAT (Grupo de Acción y Apoyo a Personas Trans), activista y defensora de derechos humanos Laura Frida Weinstein. Queremos rendir un homenaje a su lucha y muy importante labor, expresar nuestro más profundo agradecimiento por su trabajo.



Con la partida de Laura perdimos a una de las más importantes activistas trans en Colombia. Tras su fallecimiento, diversas organizaciones y medios han resaltado su labor y logros, que no son pocos. Sin embargo, nosotros, como personas transmasculinas, queremos honrar en este texto el lado más humano de Laura, ese activismo menos mediático que hacía ella en su cotidianidad, siendo la amiga y madre trans de muchas de nosotres. No sólo perdimos a la lideresa, sino que perdimos a una persona valiosa, amorosa, que nos inspiraba día a día. Ella entregó su vida a la reivindicación de los de-

rechos humanos, pero sobre todo se dedicó a acompañarnos. Como muchas personas disidentes, Laura configuró su familia escogida, y en esa familia siempre hubo mucho amor y apoyo.

Este tipo de acciones son menos comentadas que los grandes hechos, como ser directora del GAAT y del Centro Comunitario LGBT, o como la gestión de nuevas leyes y políticas públicas. Pero eso que pasa desapercibido es lo más valioso, lo que termina por alimentar esas grandes transformaciones y cambiar la vida de otros. En nuestros ojos, la labor más importante de Laura fue construir comunidad, unirnos y cuidarnos, en la cercanía y apoyo al crecimiento de cada uno. Una llamada para saber cómo estabas, una oportunidad cuando más la necesitabas, un café para hablar un rato. Laura siempre tenía tiempo para ti, no sólo como colega, sino como amigo. No hay placas, premios o condecoraciones para esto, pero yo estoy seguro de que en el corazón de cientos de personas trans y aliades está grabada la bondad, las enseñanzas y el legado de Laura. Eso es invaluable y mantendrá vivo su espíritu por siempre.

Con esa motivación, queremos compartirles fragmentos de la huella de Laura en nosotres, retratando a la amiga, a la cómplice, a la madre, a quien nos inspiró. Somos unos pocos de las muchas personas que ella impactó con su compasión, entrega y tenacidad. Te extrañamos, Lau, por eso te recordamos y honramos.

Siempre en mi corazón,

Simón.



Recuerdo muy bien la primera vez que vi a Laura: fue en el centro comunitario de Chapinero, una casucha en la que no cabían más plumas. Justamente ella se quejaba de que ya no cabía un alma más. Con su sentado de pierna cruzada y una mirada de reojo con esa picardía que la caracterizaba, parecía preguntarme: “¿Y qué más, Zombie, cómo va la vida?”. Su sonrisita era contagiosa y me hacía ruborizar, yo era tan joven y penoso... Ella tenía una manera de acercarse que siempre invitaba a sentarse a hablar con una cerveza en la mano. Lograba generar la confianza para que uno le contara esos asuntos de las personas trans. Siempre estaba con algo en mente; era inquieta, alegre y sencilla. Una mujer bonita, valiente, perspicaz. Sacar el GAAT adelante le costó toda su salud y tranquilidad, pero de eso nunca se arrepentiría. Ella era feliz en lo que hacía. Muy pocas personas pueden decir eso.

La vida se encargaría de reencontrarnos en cada evento. Crecimos juntos, pude ver cómo le salieron canas en esa cabellera abundante y enmarañada. Cada vez más firme y siempre atenta, dio su vida por todas las personas trans. Laura era ese tipo de personas que te acostumbras tanto a ver, que una vez su ausencia te embriaga, tienes un sentimiento contradictorio, la sensación de que pronto entrará por la puerta. Queda un hueco, un gran vacío.

Agustín U.



Las almas grandes tienen la magia de dar vida sin que nos demos cuenta. Las acciones cotidianas pero contundentes de Lau, su análisis pausado y concreto, fueron oxígeno y una chispa de creatividad en medio de la adversidad. Tenía esa magia de las almas viejas; una mente inquieta, despierta y un corazón cálido. Logró, siendo creyente y practicante de la fe judía, que ambas cosas resonaran en la misma dirección. Su amor sabio hacía que compartir las cosas sencillas de la vida fuera una fiesta, una anécdota para reír por varios días: siempre una ocasión especial, un encuentro de nunca acabar.

Tenía la ingenuidad de los niños, esa que te ilumina con ternura y picardía. También tenía la sabiduría de los ancestros, de los que han vivido muchas vidas. “Para qué llorar, si podemos reír, ya suficientes dolores nos da la vida, así que hay que buscar formas para ser feliz”, parecía ser su filosofía cotidiana. Sabía que la esencia de la vida consiste en disfrutar cada instante y ella, sin saberlo, o tal vez con la complicidad del silencio de las almas viejas, simplemente lo vivía. Su máxima como creyente era: “A Dios no le importa qué traes puesto o con qué género te identificas, a él lo único que le importa es qué tan buena persona eres”. Por eso, parecería que no perdió el tiempo en cargar a nadie en su corazón. Tomó la distancia prudente, sin hostilidad, y supo confrontar sin herir.

La paz fue una de sus banderas. Puso de manifiesto que las personas con experiencias de vida trans, víctimas del conflicto armado de Colombia, le apostaban al Acuerdo de Paz porque llevaban en sí mismas, en sus cuerpos y memorias, el costo de la guerra. Jamás dio un paso al costado en la defensa de los derechos humanos. Fue una firme defensora de la dignidad humana y abanderó procesos con mujeres trans indígenas, campesinas, migrantes y de diversas regiones del país. De igual forma, con su inquietud y entusiasmo,

unió esfuerzos y luchas en toda Latinoamérica y alcanzó, incluso, a trazar puentes con otros continentes.

Y como parte del legado de sus ancestras, terminó por convertirse en Madre de decenas de personas trans. A todas las acompañó en momentos decisivos de su tránsito y las defendió cuando la transfobia amenazó sus vidas y su integridad —esa misma transfobia que la afectó desde su niñez—. Transformó el odio en amor e hizo del GAAT la casa de todes —un lugar para ser que te daba la oportunidad de ser amade tal como eres—. Desde allí fortaleció el trabajo indispensable de las familias que nos acompañan en este viaje por el género: padres, madres, parejas, hermanos, familiares y amigos. Todes encontramos un lugar para construir en colectivo un mundo mejor, uno capaz de abrazar la diferencia, de acompañar con amor y de dar valor a la existencia de aquellos que transitan en el género.

Su legado es enorme. Se siente el vacío. Cuánta falta nos hace como comunidad les tejedores de saberes, les constructores de puentes, les pacifistas, les consejeres como Laura. Lo que nos queda es saber que la semilla de las grandes almas siempre sigue viva en aquellos que alcanzaron. Al igual que los árboles que crecen en el bosque, ella crecerá serena, pero contundente en nosotres, trayendo tanta vida que seremos multitud. Gracias por el camino andado, Lau, por tu serena persistencia, por tu humor siempre vibrante, por tu lucha incansable. Sigues con nosotres. Te llevas parte de nuestro ser, pero nos dejas la fortaleza del tuyo.

¡Hasta siempre, nuestra amada Laura!

Andrew.

◊◊

No puedo pensar en Laura sin que un nudo se me haga en la garganta. En ocasiones las lágrimas afloran y es que hablar de ella atraviesa mis emociones. Extraño a la hermana, a la amiga, a la cómplice, a la aliada, a mi sumercé. Extraño su inigualable risa, la posibilidad de que siempre pudiésemos hablar de todo, así fuera un tema que generara tensión. Era clarísimo que lo más importante era la amistad. Por encima de las dificultades estaba siempre la posibilidad de ser directos y claros: poder darle la razón al otro sin sentirnos mal por ello. Fue una de las pocas personas que conozco que nunca cuestionó mi ser. Así me viera serio o ausente, o como fuera, para ella era más importante poderme ver desde lo más humano, pensando en mí y honrando quien era. Eso hacía que mi comunicación con ella fuera amorosa, incluso en los momentos difíciles.

Soy de muy pocos amigos y ella estaba en ese pequeño ramillete de amor. En estos últimos años, Laura fue una de las amistades con las que compartí más tiempo. Solíamos decirnos que nos encontrábamos en todas partes y nos veíamos más que con la familia. La verdad es que nuestras causas eran tan cercanas que era fácil coincidir en espacios y, si a eso le sumamos que trabajábamos juntos en un montón de proyectos, pues no había forma de escaparnos. Recuerdo que nos decíamos: “Menos mal me caes bien porque, si no, imagínate la tortura”. Me encantaba que me invitara y me encantaba invitarla a todos los “chuchus”, como ella decía. Creo que eso nos daba la seguridad de estar acompañados y respaldados. En medio de tanto desgaste y cansancio, valía la pena cuando al final íbamos por el café y el cigarro, momento en el que ya no éramos los defensores, ni los directores, ni los activistas, sino los amigos. Entonces hablábamos de la vida, de las alegrías, las tristezas, del amor, el desamor, de las frustraciones, del caminar, de nuestros gustos, de lo que pensábamos o de lo que soñábamos, también

de nuestros achaques. Terminábamos siempre con una risa, un abrazo, un “te quiero”, un “nos vemos mañana a ver qué nos inventamos”.

Hoy no podré volver a verla sonreír e irse con su atuendo sencillo, su hermoso cabello cano que nos hacía sentir muy orgullosos de estar en una edad adulta y madura. Como decía: “No estamos viejos, sólo somos muy interesantes”. La veo de nuevo en mi mente partir con su morral en la espalda y la certeza de que habría otro día para luchar y sobrevivir. Hoy sobrevivo a su ausencia con la plena certeza de que estaremos nuevamente juntos para revolucionar el cielo o el infierno. Sabía que no estaba preparado para despedir a ninguno de mis amigos, ella lo sabía. Hoy siento que se adelantó para enseñarme de forma dolorosa a lidiar con esto y permanecer en pie de lucha. Gracias, amor, por tu vida, tus luchas, tu amistad, tus enseñanzas, tu amor, tus consejos —los honraré todos los días de lo que me quedan de vida—.

Vuela muy alto, mi amada Laura.

Con amor,

Jhonnatan.

○○

“La invitación es a amar la diversidad, a reconocer la capacidad que tenemos las personas trans para transformar el mundo. Porque somos la señal de que esto puede ser de otra forma. Porque, si somos capaces de transformar algo que muchos creen que no debería ser así, que no se podía hacer y lo hacemos, también cualquier forma de violencia, discriminación e injusticia se puede transformar”.

Laura Frida Weinstein, Día de la Memoria Trans.

Bogotá, 20 Noviembre de 2020.



Colección Plumas de aserrín

Travesías: memorias de personas transmasculinas en Bogotá reúne cinco testimonios que buscan hacer más visibles las experiencias de vida de personas transmasculinas en Bogotá —experiencias que muchas veces han quedado relegadas en la representación de sexualidades y géneros disidentes—. Jhonnatan Espinosa, Frank Schiavone, Agustín Usumafuui, Andrew Aguacía y Simón Uribe son los protagonistas de estas historias en la que el viaje se configura como una experiencia emancipatoria.

“Tal como en las películas, muchos de los grandes viajes inician en periodos difíciles, en intensas situaciones de incomodidad, en un “tocar fondo” para resurgir. Algunos tránsitos que leerán en esta compilación responden a momentos en los que la opción era cambiar o perecer, sin miedo ya a los costos sociales y la marginación que esto conllevara.

En situaciones en donde los autores se percibieron dilatando una mentira, reprimiéndose a sí mismos, marginando su verdad, estando al borde del acantilado y sintiéndose a la deriva, como sucedió para Simón y Andrew, también encontraron la fuerza para re-crearse, todavía en medio del llanto y el temor”.

Nikita Simonne Dupuis Vargas



ISBN: 978-958-49-2634-0